

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CLARK CARRADOS

EL CABALLERO Y EL DRAGON



HEROES DE LAS ARTES MARCIAL

CLARK CARRADOS

EL CABALLERO Y EL DRAGÓN

Colección KIAI n.° 6
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS – MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1 — *Kiai de amor y de muerte.* Lou Carrigan

2 — *Con el sudor del prójimo.* Ralph Barby

3 — *Lady serpiente.* Clark Carrados

4 — *El agua dormida.* Lou Carrigan

5 — *¡¡Misses, a la pasarela!!* Ralph Barby

ISBN 84-02-04352-4

Depósito legal: B. 53,032 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: enero, 1977

Documentación gráfica cedida por la sala de judo Shudo-Kan

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPÍTULO PRIMERO

La mujer, joven, alta, de cuerpo escultural, salió de la bañera y empezó a secarse. Cuando hubo terminado, abandonó el baño y pasó al tocador, donde se peinó, dio un poco de sombra a los ojos y algo de maquillaje en la cara.

A continuación, se puso el sujetador, negro, de encajes, los pantaloncitos del mismo color y el portaligas. Sentada en una silla, se puso la primera media.

Luego empezó a cubrir la pierna derecha, todavía desnuda. Cuando se sujetaba los broches del portaligas, Kate Kyrr presintió que alguien estaba contemplando aquellas operaciones.

Alzó los ojos, grandes, rasgados, de pupilas intensamente azules. Una expresión de cólera apareció inmediatamente en su hermoso rostro.

—¿Qué haces aquí? —gritó.

—Estoy en mi casa —sonrió el hombre, apoyado indolentemente en la jamba de la puerta—, Y tú eres mi esposa, ¿O ya lo has olvidado?

—Soy tu esposa, pero sólo de nombre. —Kate se puso en pie—. Y ésta ya no es tu casa. Vete. Lo nuestro hace tiempo que acabó. No quiero verte más en los días de mi vida,

Dane Kyrr frunció el ceño.

—Esperaba otro recibimiento —declaró.

—¿De veras? Eres muy optimista —rió ella, agriamente—. Cuando nos separamos, te dije lo que pensaba de ti. Todavía no he variado de opinión.

Kate fue al ropero y sacó un vestido. Después de quitarlo del colgador, empezó a ponérselo, metiendo la cabeza por la abertura superior. Antes de que la falda cubriese sus caderas, se sintió estrechada por dos fuertes brazos.

—¡Dane! ¡Déjame, suéltame! —gritó de nuevo, mientras se debatía furiosamente.

El vestido se rasgó, de pronto, y también el sujetador, quedando al descubierto los hermosos senos de la joven. Ella, furiosa, retrocedió un par de pasos.

—¡Asqueroso individuo! —le apostrofó—. Hubo un tiempo en que llegué a creer en ti... Tenías grandes planes, ibas a conquistar el mundo..., pero no eres más que un tipo mediocre y sin imaginación, salvo para las cosas más abyectas...

Kate jadeaba violentamente, sin importarle en absoluto su semidesnudez. La furia que la poseía le impedía ver la llamarada de deseo que había aparecido en los ojos, del hombre.

—La mediocridad no me hubiera importado, a tu lado, si

hubieras sido una persona decente —continuó ella—. Querías progresar, pero no sabías cómo... hasta que encontraste el medio más repugnante... Yo tenía que acostarme con tu jefe, para que tú consiguieras el ascenso tan deseado. Fuiste capaz de proponérmelo con toda crudeza, sin importarte en absoluto que tu esposa tuviera que prostituirse, como una ramera barata...

De pronto, Kyrr avanzó hacia ella. Kate alzó la mano y le propinó una espantosa bofetada,

Kyrr vaciló y lo vio todo rojo. La furia había sustituido ahora al deseo.

Kate tenía razón y lo sabía. Era un hombre mediocre en todo, un ser imposibilitado de sobresalir por propios méritos, pero, al mismo tiempo, capaz de las mayores abyecciones con tal de prosperar. El hecho de que ella no sólo lo hubiera sabido ver, sino que se lo hubiera dicho en su propia cara, puso una venda de fuego en sus ojos.

Ella ya no le quería. Aquel hermoso cuerpo, algún día, sería para otro hombre. Kate se entregaría a otro, le amaría ardientemente, sería suya por completo... El recuerdo de las horas apasionadas que ya no volverían le hizo perder la cabeza,

Sacó un revólver. Kate pareció intuir el gesto y se le arrojó encima.

Bruscamente, sonó una detonación.

—¡Me has matado, perra! —gritó Kyrr.

Kate, aterrorizada, retrocedió. Una delgada columnita de humo se desprendía de las ropas de Kyrr, en el punto donde se había apoyado la boca del arma.

Helada de pánico, vio que él levantaba la mano.

—Al... menos... no me iré... solo...

Bruscamente, un chorro de sangre brotó por la boca de Kyrr. Kate lanzó un agudo chillido. Kyrr dio dos o tres pasos y se derrumbó al suelo.

Las paredes de la casa no estaban insonorizadas. Los vecinos oyeron el disparo.

* * *

A través de la mesa, Budd Baxter tomó las manos de Kate. Estaban heladas, apreció.

—Lo tengo muy mal —dijo ella.

—Saldrás adelante —sonrió Baxter.

El guardia, impasible, permanecía en pie, a unos pasos de distancia. Baxter contempló a la hermosa mujer que tenía frente a sí. Kate apareció muy pálida, con el rostro completamente limpio de maquillaje y el cuerpo esbelto, enfundado en el gris uniforme carcelario.

—He matado a mi esposo —dijo Kate, con voz sorda.

—Fue una pelea conyugal. Tienes muchos atenuantes. El juez lo tendrá en cuenta.

Ella movió la cabeza.

—El fiscal vino a verme. No quiero repetirte lo que me dijo. Estuve a punto de sacarle los ojos. Me llamó prostituta, ladrona, vendedora de drogas... ¡Dios mío, Budd, pero si yo jamás he hecho cosas tan horribles! Hubo un tiempo en que amaba apasionadamente a mi esposo... Luego vi la clase de hombre que era y me separé de él...

—Vino a buscarte a tu casa.

—Sí, dijo que todavía me quería... Yo le eché a la cara todo lo que me había hecho... Supongo que él debió de perder la cabeza y sacó un revólver. No sé cómo pude reaccionar tan rápidamente, pero le sujeté la mano... El arma se disparó... Yo me defendía, Budd, te lo juro. .

Baxter oprimió afectuosamente las manos de la prisionera.

—Te creo, Kate —dijo—. Pero no entiendo por qué el fiscal te dijo esas barbaridades.

—Yo tampoco. Ahora tenía un buen empleo; no era gran cosa, pero me permitía vivir con holgura. Estoy asustada, créeme, francamente asustada. Ya sé que no pueden condenarme a la silla eléctrica.,., pero el fiscal es capaz de conseguir una sentencia de veinte años... Me moriría en la cárcel. .

—¿Quién es el fiscal, Kate?

—Stanley Holt, joven, bueno, unos treinta y seis años; muy emprendedor, pero también duro e implacable con los delincuentes, dicen... Budd, ¿no crees que un fiscal, aunque deba pedir un castigo para el criminal, ha de ser también humano y considerar todas las circunstancias del hecho? Siempre he oído cosas por el estilo..., pero una vez que me toca a mí, me encuentro con alguien que quiere crucificarme...

—Es muy extraño, en efecto —convino Baxter, pensativamente —. Kate, dime una cosa: ¿cuánto tiempo llevabas separada de tu esposo?

—Un año, aproximadamente. Hacía ya tiempo que me sentía muy disgustada con él. No sé qué extraños asuntos llevaba entre manos; nunca quiso decírmelo. Un día le reproché lo que me parecía falta de interés por progresar y él me habló de envidias entre compañeros... y dijo que si yo le ayudaba, podía subir bastante. —El pecho de Kate se agitó con fuerza—. Poco antes de la ruptura, como un par de meses, asistimos a una fiesta de aniversario en casa de su jefe. Este se mostró muy atento y amable conmigo... Después, Dane me planteó el problema, crudamente. El conseguiría el ascenso si yo me iba a la cama con su jefe. Sentí un asco inmenso, como no te

puedes imaginar… ¡Oh! No soy una moralista puritana, tú lo sabes bien, pero pienso que una mujer sólo se debe entregar a un hombre si le ama… o, si, al menos, siente cierta simpatía hacia él, pero no por mero interés…

Baxter volvió a palmear las manos de la joven.

—Kate, te sacaré de este apuro —prometió.

—No tengo dinero para pagar a un abogado. Van a nombrarme uno de oficio —dijo ella, medio llorando.

Baxter suspiró.

—Tendré que desempolvar mi título y darme de alta en la Asociación, nuevamente —dijo—. Rechaza el abogado de oficio y considérame como tu defensor, ¿entendido?

Los ojos de Kate estaban llenos de lágrimas.

—¡Oh, Budd!, ¿cómo podré pagártelo? —dijo.

En la mirada de Baxter hubo un destello evocador.

—Ya me lo pagaste hace cinco años —murmuró—. Recuerdo un maravilloso principio de otoño en los Addirondacks. Los árboles estaban llenos de hojas de oro y los arroyos eran plata, y la hierba era esmeralda pura… y el tiempo era lo suficientemente bueno para que, durante unos días, tú y yo nos creyéramos Adán y Eva en el paraíso… ¿Te acuerdas, Kate?

Ella trató de sonreír.

—¿Cómo podría olvidarlo, Budd? Fue una de las épocas más maravillosas de mi vida, pero luego, tú te marchaste…

—Me pareció que te interesabas por Dane Kyrr, Y acerté, creo.

—Sí, es cierto —admitió Kate—. No sé qué me dio entonces, pero me hizo perder la cabeza y me casé con él. Tardé bastante en saber con exactitud la clase de hombre que era.

—No te preocupes ya de él. Ahora preocúpate de ti misma y ten un poco de paciencia, porque, desde luego, si hay algo seguro en este mundo, es que no vas a pasarte veinte años en la cárcel.

Baxter abandonó la prisión, recordando melancólicamente aquella maravillosa temporada pasada junto a Kate, en que los dos habían vivido poco menos que como robinsones en una isla perdida, disfrutando de un esplendoroso final de verano, aunque con las comodidades de una cabaña provista de todo. Las suaves pieles de oso, frente a las cálidas llamas del hogar, durante las noches, que ya empezaban a resultar frías, los dos, estrechamente unidos en un intenso amor, que parecía iba a ser eterno… Pero luego, un hombre llamado Dane Kyrr se había cruzado en el camino y…

Meneó la cabeza. El pasado se podía recordar, pero no resucitar.

* * *

Los ojos del fiscal del distrito eran fríos y duros.

—No recuerdo su nombre como abogado, señor Baxter —manifestó.

—Obtuve el título hará unos diez años, pero ejercí muy poco tiempo. Ahora voy a intervenir como defensor de la señora Kyrr. De nuevo soy miembro de la Asociación de Nueva York. Si desea ver mis credenciales...

Stanley Holt alzó una mano, condescendiente.

—Me basta con su palabra —dijo—. No obstante, creo mi deber advertirle que la señora Holt tiene un caso muy difícil.

—Fiscal, aunque no hubo testigos, estoy en condiciones de afirmar que se trata de un caso de legítima defensa. Por lo tanto, solicito la libertad de mi cliente bajo fianza, monetaria o personal. Yo sería el fiador, si usted lo autoriza.

—Denegado, señor Baxter.

—¿Puedo conocer los motivos?

—Está claro que se trata de una muerte ocurrida en el transcurso de una pelea entre dos esposos. Pero puedo asegurar que la pelea fue provocada.

—¿Cómo? —respingó el joven.

Holt sonrió con aire de suficiencia.

—Primero, el arma del crimen era propiedad de la señora Kyrr. Es bien cierto que sus huellas no aparecen en el arma, pero cabe suponer, con toda lógica, que ella limpió tales huellas y luego puso el revólver en la mano de su ya difunto esposo. Los leves arañazos que se observaron en su piel y las ropas rasgadas fueron algo que ella misma hizo, después de cometer el crimen.

—¡Ella se defendió...!

—¿De veras? Sí, ya digo que, aparentemente, se trata de una pelea entre esposos. Pero voy a decirle algo que le hará pensar profundamente y que a mí, como fiscal, me impide otorgar la libertad bajo fianza. La señora Kyrr citó a su esposo, llamándole a su casa, con el objeto da asesinarlo. Tengo un testigo que ya ha declarado en este sentido y que dirá lo mismo cuando se celebre el juicio.

Baxter se quedó estupefacto al oír aquellas palabras.

—Quizá sea como usted dice, fiscal —admitió, a regañadientes—, pero, en tal caso, dígame, ¿por qué quería matar a su esposo?

—¡Oh, eso es lo que no sabemos todavía! Pero, créame, acabaremos por averiguarlo. Tarde o temprano, la señora Kyrr confesará las razones que tuvo para conseguir una viudez que no hubiera logrado por otros medios —respondió el fiscal, impertérrito.

CAPÍTULO II

Cuando Baxter abrid la puerta de su departamento, encontró a un hombre aguardándole.

Inmediatamente, dio un cuarto de vuelta a la derecha y avanzó un paso con el píe izquierdo. El otro alargó el pie izquierdo, hasta que el derecho de Baxter quedó frente al suyo, a la vez que le agarraba por la cintura con ambas manos, por delante con la mano izquierda y la derecha por detrás, los pulgares hacia arriba. Entonces, bajó la pierna izquierda, aprovechando el impulso para tratar de lanzar a Baxter con un movimiento de cadera. Pero el joven bloqueó la cadera de su adversario con la mano izquierda y le empujó hacia atrás, colocando la palma derecha en su clavícula.

Entonces retrocedió, a pasitos cortos, en el sentido del desequilibrio de su contrincante. De pronto, se dejó Caer sobre su rodilla derecha y lanzó al otro de espaldas hacia la izquierda. Pero, en el último instante, sostuvo al adversario; de haber seguido haciendo presión, le habría fracturado la columna vertebral contra la rodilla.

Los dos hombres se pusieron en pie y se saludaron ceremoniosamente.

—El señor ha realizado a la perfección la primera serie, de la séptima *kata;* la *kata* superior por excelencia, la que sólo pueden realizar los grandes expertos —dijo Tim Koye.

Baxter sonrió.

—El discípulo siente un gran placer cuando llega el día en que puede compararse a su maestro —dijo.

—No, no, yo ya soy el discípulo y el señor es mi maestro… Pero observo en el señor una cierta preocupación. Veo sombras de nubes negras en su frente. La sonrisa de sus labios es mera cortesía, y no complacencia en la victoria.

—Tienes razón, Tim —convino Baxter—. Una buena y hermosa amiga mía se halla en un grave apuro. Por favor, ¿quieres llevarme una taza de café al cuarto de comunicaciones? Luego me bañaré y me darás una sesión de masaje.

—Bien, señor.

La sala eran grande y lujosa, aunque sin estridencias, decorada con un estilo moderno, casi futurista pero que, sin embargo, no dañaba a la vista. George Washington Baxter, conocido por el sobrenombre de Budd entre los íntimos, se acercó a un panel, tocó un resorte y un lienzo entero de la pared se deslizó a un lado.

Otra estancia quedo al descubierto, con algunas pantallas de

televisión, un par de teléfonos, grabadoras de sonido y video y algunos otros instrumentos. Baxter se acercó a una de las pantallas y bajó una palanquita.

El televisor se encendió a los pocos segundos. El rostro de un hombre apareció en la pantalla.

Era Denis Gray, director de la Digest Press Service, una agencia de recortes de prensa, propiedad de Baxter. Era un negocio ideado y creado por él hacía algunos años y que había logrado sobresalir entre los similares, merced al trabajo incesante y el excelente servicio, prácticamente instantáneo, que prestaba a sus clientes.

—Denis, tengo un caso entre manos —anunció Baxter—, Voy a actuar como abogado defensor de Kate Kyrr.

Gray se quedó sin aliento.

* * *

—¡Estás loco! —dijo Gray, minutos más tarde. —¿Por qué? — preguntó Baxter, impasible. —Escucha, hace algún tiempo, te dio la ventolera por ayudar a una princesa tibetana..,

—Hija de una hija de un mercader tibetano y de un holandés.

—Como quieras. El caso es que le pediste cien mil dólares por resolver su problema y, ¿qué hiciste después? Rompiste el cheque, sólo porque ella te acogió en sus brazos cariñosos. Luego te fuiste a San Francisco y trabajaste allí sin percibir un solo centavo, sólo por amor al arte...

—La chica de San Francisco[1] era la hija de un buen amigo mío, asesinado villanamente. Además, iban a desposeerla de su herencia. Debía ayudarla —contestó Baxter, sin inmutarse.

—Bien, de acuerdo, de acuerdo, pero ¿qué me dices de la señora Kyrr? Mató a su marido...

—La aprecio muchísimo, Denis.

—Y la van a condenar a veinte años, por lo menos.

—Todavía no se ha celebrado el juicio.

—¿Puedes decirme qué sacarás de todo ello, Budd?

—Posiblemente nada. Kate estaba empleada en una oficina, con un sueldo de ciento treinta dólares semanales. Sus ahorros ascienden a cuatrocientos setenta y un dólares con veintidós centavos.

—¡Ah, ya!; al señor le gusta el papel de caballero andante, le agrada ser una especie de Robin Hood, don Quijote del siglo XX y cosas por el estilo, ¿no? —dijo Gray, sarcástico—, ¿Y, qué más, si se puede saber?

—Denis, para empezar, entérate de que el revólver con que se cometió el supuesto crimen pertenecía a Kate. Segundo, ella citó a su esposo, al que no veía desde hacía un año, en su casa, para fingir una pelea y deshacerse de él.

—Entonces, no cabe duda: lo llamó para asesinarlo.

—En este país, existe algo que se llama divorcio y es menos reprobable que el asesinato.

—Pero ella llevaba separada un año de su marido y aún no había solicitado el divorcio. ¿Por qué, Budd?

—No lo sé, no se me ha ocurrido preguntárselo, pero ya lo haré cuando vuelva a verla. De momento, cuéntame como su abogado defensor.

—Creía que lo habías dejado... —resopló Gray.

—Y así era, hasta que me acordé del título. Pero no te preocupes; en cuanto Kate esté en la calle, lo colgaré de nuevo. Mientras tanto, empieza a trabajar para mí.

El índice de Gray pareció que iba a salirse de la pantalla.

—Está bien, pero el hecho de que seas el propietario de la agencia no te confiere ningún privilegio —bramó—. Aquí, el que pide algo, lo paga, entendido?

Baxter sonrió.

—A fin de mes, las cuentas claras, ¿eh?

—Exactamente. Bien, suelta los nombres.

—Stanley Holt, primer ayudante del fiscal del distrito.

—¡Hum! —dijo Gray.

—¿Qué significa ese gruñido, Denis?

—Dudas sobre el fiscal del caso. No puedo decirte mucho, salvo que es ambicioso y con pocos escrúpulos.

—Bien, busca todo lo que tengas de él. Otro nombre: Rood, Hugo.

—¿Quién es?

—El antiguo jefe de Dane Kyrr.

—Está bien, lo haré tan pronto pueda. ¿Te llamo para darte un anticipo de noticias?

—De acuerdo.

* * *

Cuando quería, Baxter podía pasar desapercibido en cualquier parte. Tenía el pelo castaño y los ojos de color marrón. Sin ser un hombre bajo, no poseía tampoco una estatura excepcional, ya que apenas rebasaba los ciento setenta y cinco centímetros. Muchos de los que le veían por primera vez pensaban que era un vulgar oficinista, y muy pocos, sin embargo, eran los que conocían la poderosa y bien entrenada musculatura que había bajo unas ropas nada estridentes, y su excepcional habilidad en las artes marciales orientales.

Cuando entró en aquel local, pasadas las once de la noche, algunos de los que le dirigieron una mirada casual pensaron que era un tipo aburrido, en busca de una aventurilla. En la Silver Cup había

bastantes hampones, duros y curtidos la mayoría de ellos en toda clase de peleas, ninguna realizada jamás con limpieza, pero nadie suponía que aquel hombre de aspecto vulgar era capaz de matar a un semejante con un ligero y bien calculado golpe de una de sus manos.

Baxter se acercó al mostrador, con un cigarrillo pendiente de la comisura de los labios.

—Un whisky —pidió.

—Sí —dijo la camarera, de senos rotundos, que parecían ir a desbordarse en cualquier momento por el amplio escote de su vestido.

Ella era joven, menos de treinta años, aunque el rostro aparecía un tanto gastado. Baxter pensó que, en otro ambiente, la *barmaid* habría ofrecido un aspecto muy diferente.

—Tú eres nuevo aquí —dijo ella.

—Sí. Me llamo Budd.

—Polly —se presentó la *barmaid*—. Escucha, te daré un consejo. Este no es lugar para los tipos de tu clase. Tómate el whisky, paga y lárgate.

—El sitio me gusta.

—Budd, aquí hay tipos que te meterían un palmo de hierro entre las costillas, tan fácilmente como yo me tomo la tostada del desayuno. Y lo harían por los pocos dólares que debes de llevar encima.

—¿Es tuyo el local? —preguntó Baxter.

—No. Estoy asociada con... Bueno, asociada a la fuerza... Pero ¿por qué diablos tengo que decirte tantas cosas?

—Porque te inspiro confianza. Y en vista de ello, dime, por favor, ¿conoces a un tal Rick Hines?

—Apenas viene ya por aquí. Oye, no serás un “poli” —dijo ella, en voz baja.

—¡Tranquila, nena! Si me dices dónde puedo encontrar a Hines, te ayudaré.

—¿En qué?

—Antes has dicho que estás asociada con alguien, pero a la fuerza.

Un cliente se acercó al mostrador. Polly se separó del joven.

Transcurridos algunos minutos, Polly regresó al mismo sitio.

—Son cincuenta centavos —dijo, secamente. Y con voz muy tenue, añadió—: Dame un billete de cinco “pavos”.

Baxter obedeció. Polly le devolvió el cambio: cuatro billetes de un dólar y una moneda de cincuenta centavos. Guardó los billetes y dejó la moneda.

—Quédate el cambio.

—Gracias, señor.

Baxter salió a la calle. Un poco más adelante, extrajo el dinero de su bolsillo, desdobló los billetes y encontró un trocito de papel con

una nota:

“Cierro a la una. Entra por la puerta lateral. *P.*”

Baxter sonrió para sus adentros. Encendió un cigarrillo y se alejó con paso mesurado.

* * *

Las luces de la Silver Cup se apagaron a la una en punto. Baxter regresó y se metió en el callejón.

Baxter alargó el brazo izquierdo, haciéndolo girar al mismo tiempo hacia fuera. El gesto desvió el “viaje” que le tiraba el hampón. Simultáneamente, avanzó la mano derecha, recta, dura como una tabla, ligeramente metida hacia adentro, pero, al mismo tiempo, presionando hacia arriba.

El hampón gorgoteó, sin saber que Baxter le había aplicado un *kake shuto uke.* Olvidado de la navaja, se agarró la garganta con ambas manos y se puso de rodillas.

Pero el individuo no estaba solo. Otro se arrojó contra el joven, con una matraca en la mano.

Baxter no quiso perder demasiado tiempo y le aplicó en un instante, sin preámbulos, el sexto tiempo del *Mizo-guruma* o rueda de molino. El rufián dio una voltereta en el aire y, como no estaba preparado para ello, se estrelló contra el suelo.

El otro, aterrado, echó a correr, sin saber que estaba vivo, sólo porque su presunta víctima se había limitado a marcar el golpe, sin asestarlo con todas sus fuerzas. En cuanto al de la matraca, había perdido el conocimiento por completo.

Baxter comprendió que se trataba de dos sujetos poco aficionados al trabajo honesto, capaces, como muy bien había dicho Polly, de matar a otro por veinte dólares. Olvidándose de los hampones, se acercó a la puerta lateral y puso la mano sobre el pomo.

CAPÍTULO III

Las cortinas de la habitación, decorada mejor de lo que hubiera esperado, estaban corridas. Polly, con la cara lavada y limpia, parecía otra mujer muy distinta.

—Estás desconocida —dijo él.

—Tengo que pintarrajearme —confesó la joven—. Pero algún día, cuando pueda, enviaré todo esto al diablo...

—¿Es que ahora no puedes?

El suspiro que emitió Polly amenazó con reventar el tejido que contenía difícilmente los pechos opulentos.

—Es como si tuviera una cadena en los pies —dijo, mientras llenaba dos copas—. El no quiere que venda el negocio.

—Pero es tuyo.

—Como si no lo fuera. Yo me deslomo a trabajar, aguanto las mil y una barbaridades, cien manos me palpan a diario... y él, una vez por semana, viene a verme, pone la palma boca arriba y recoge el fruto de su “honesto" trabajo.

—¿Quién es, Polly?

—¿Para qué te lo voy a decir? No conseguirías nada, así que dejémoslo. Hablemos ahora de Hines, si te parece.

—Eres tú la que tiene que hablarme de él —dijo Baxter.

—Bueno, pero ¿qué quieres saber de ese tipo?

—¿Lo conoces?

—Desde luego.

—Entonces, habla ya.

Baxter se sentó en una butaca y cruzó las piernas.

Polly permanecía en pie, de espaldas a una lámpara. La bata estaba abierta y permitía ver el camisón, negro y muy corto, pero como ambas prendas eran casi transparentes, su silueta se divisaba claramente al contraluz.

Al cabo de unos minutos, Polly terminó su informe.

—¿Y bien? ¿Por qué te interesa ese tipo? —preguntó.

Baxter se incorporó.

—Lo sabrás a su debido tiempo —dijo—. Me has dado unos detalles sumamente útiles. Pero falta algo.

—¿Sí?

—¿Quién es tu socio?

—Se llama Caddo Lussaroth, un sujeto que en un tiempo me pareció muy guapo... Claro que una siempre está propensa a ataques de locura —rió Polly—. Debe de ser eslavo o cosa por el estilo, a juzgar por el apellido...

—Podrías romper la asociación, ¿no crees?

—Cada vez que le insinúo algo, me enseña una navaja y dice que me cortará la cara. También dice que lleva siempre en el bolsillo un frasquito con vitriolo, aunque nunca se lo he visto. La verdad, soy muy miedosa, Budd.

—Está bien, un día de éstos quedarás libre, Polly.

La joven corrió hacia él.

—¿Te vas ya? —preguntó.

—He terminado —sonrió Baxter.

La bata cayó, repentinamente, al suelo. Luego, los brazos de Polly se enroscaron en torno al cuello de su huésped.

—¿De veras crees que has terminado aquí? ¡Pero si ni siquiera has empezado! —exclamó, ardorosamente,

—Es muy tarde ya —se defendió Baxter, del inequívoco acoso femenino.

—Oye, tú no serás de los de .. "la otra orilla", ¿verdad?

—¡En absoluto!

—Bien, entonces, demuéstralo.

Baxter suspiró.

—Empleas unas armas irresistibles —dijo.

—Aún no las conoces todas —respondió Polly, a la vez que buscaba vorazmente la boca masculina.

* * *

Al día siguiente, Baxter se detuvo ante un local situado en la calle Ciento treinta Este. Estudió un momento el aspecto exterior y luego empujó la puerta.

Un hombre, de unos sesenta años de edad, le miró por encima de unas antiparras con armazón de acero.

—¿En qué puedo servirle, caballero?

—Me llamo Baxter. Tengo entendido que hace algún tiempo vendió usted un arma a la señora Kyrr.

—¡Ah, sí, ya la recuerdo! Fue hace unos dos meses. Vino con la documentación en regla... Mis libros están en regla; jamás vendo un arma sin estar seguro de que no voy a verme en un compromiso.

—¿Quiere enseñarme el registro, por favor?

—Desde luego.

El dueño de la armería fue al despacho interior y volvió a poco con un libro, que colocó delante de su visitante. Baxter buscó en la fecha indicada y halló la inscripción correspondiente a Kate.

—Vino ella en persona, supongo —dijo.

—Sí, señor.

—Descríbamela, por favor.

—Bien, era una chica estupenda, guapísima, pelo rubio... No puedo decirle de qué color tenía los ojos, porque llevaba gafas

coloreadas, pero puedo asegurarle que era una hermosa mujer.

Baxter sacó del bolsillo una fotografía, recortada de una revista de sucesos, en la que aparecía la imagen de Kate, en un bien logrado primer plano.

—¿Era ésta? —preguntó.

Melvyn Reinn, armero, estudió la fotografía durante algunos segundos.

—Pues sí, se parece bastante...

—Pero no puede asegurarlo.

—Hombre, la documentación estaba en regla. Y yo entiendo bastante, se lo aseguro.

—¿Cómo eran las gafas? ¿Redondas, cuadradas?

—Más bien redondas, un poco ovaladas, bastante grandes...

Baxter sacó un lápiz y dibujó unas gafas sobre el rostro que aparecía en la imagen. Luego volvió el recorte hacia su interlocutor.

—¿Así?

—¡Exacto! ¡Sorprendente! —exclamó Reinn—, El parecido es absoluto, se lo aseguro.

—¿Cómo le pagó su compra la señora Kyrr? ¿Cheque, dinero, tarjeta de crédito?

—¡Oh, no! Nada de cheques ni tarjetas de crédito. Billetes de Banco.

Baxter emitió una decepcionada sonrisa.

—Muy bien, muchas gracias, señor Reinn —se despidió.

Salió a la calle, muy pensativo.

Si Kate no había visto a su esposo en un año, ¿cómo había comprado un revólver que luego había sacado el difunto para disparar contra ella?

¿De qué forma había llegado el arma a poder de Dane Kyrr?

El coche estaba parado a unos treinta pasos de distancia. Baxter echó a andar hacia el vehículo.

Inmediatamente, dos hombres se pusieron en marcha y se situaron a sus costados.

—Vamos a acompañarle, abogado —dijo uno de ellos.

—Estamos armados, no se resista —indicó el otro.

Baxter no pestañeó. Lo único que hizo fue mirar, con el rabillo del ojo y sucesivamente, a cada uno de los dos individuos.

Eran matones, no cabía la menor duda, aunque con la suficiente experiencia para amenazar, por el momento, con la palabra. Su aspecto, para cualquier viandante, era enteramente normal.

Baxter caminó todavía unos cuantos pasos más. Inesperadamente, sin previo aviso, alzó los brazos, poniéndolos casi horizontales y los disparó hacia atrás. Los cantos de sus dos manos golpearon sendos esternones, que crujieron ominosamente.

Fue una acción fulgurante, prácticamente imposible de seguir con la vista y mucho menos de ser contrarrestada. Baxter oyó toses, jadeos y gruñidos. Dos hombres, perdida la respiración por completo, con el rostro congestionado, se arrodillaron en la acera, olvidados por completo de su objetivo.

También se habían olvidado de sus pistolas. La gente que transitaba los miró con curiosidad. Alguno dijo que debían de ser adeptos de alguna extraña religión, que les impulsaba a orar en plena calle, a las once de la mañana. Baxter oyó el comentario cuando ya abría la portezuela de su coche y sonrió.

Uno de los hampones intentó levantarse. Incluso consiguió alzar el brazo, pero, de pronto, cayó de bruces, perdido el conocimiento. El otro estaba exclusivamente ocupado en procurarse aire para los pulmones.

* * *

—Usted estaba junto a Dane Kyrr cuando lo llamó su esposa.

Rick Hines miró fríamente al hombre que estaba sentado frente a sí.

—En efecto. Llame al camarero —contestó—. Él le dirá lo mismo.

—¿Cómo?

—El camarero trajo el teléfono hasta esta mesa y dijo, claramente: “Para usted, señor Kyrr; es de su esposa”. Dane habló un poco con ella; yo oí claramente su voz, aunque no entendí lo que le decía. Desde luego, fue una conversación muy corta. Cuando terminó, Dane me dijo: “Tengo que dejarte, chico; mi esposa quiere verme”. La última noticia que tuve de él era que estaba en la Morgue.

—Naturalmente, nadie puede contradecir sus palabras, señor Hines —sonrió Baxter.

Hines contrajo las mandíbulas.

—Si trata de confundirme...

—¡Oh, no! Simplemente, expreso mi opinión. Cualquiera puede pensar así, ¿no le parece?

—Que piensen como quieran. —Hines se encogió de hombros—. Yo digo lo que pasó y lo repetiré cuando juzguen a esa golfa.

—Cuidado, Hines —dijo Baxter—. Puedo admitir que diga usted algo que es o cree ser verdad, pero no que hable mal de mi cliente. Si vuelve a repetir una cosa semejante, le partiré la cara.

Hines sonrió despectivamente.

—¿Usted? —se burló—. Con el dedo meñique sería capaz de rajarle los labios.

—Puede que algún día le demuestre que está en un error. Gracias por su cooperación, señor Hines.

Los dos hombres se pusieron en pie al mismo tiempo. Hines medía casi un metro noventa y pesaba noventa y cinco kilos. Pero era un hombre joven, bien entrenado, al parecer.

—Venga —dijo—. Quiero enseñarle una cosa.

Baxter siguió al sujeto. El local, apreció, era lo suficientemente lujoso para que el camarero llevase el teléfono hasta las mesas de los clientes. Lo cual, sin embargo, no era obstáculo para que fuese también un antro de ladrones.

Respecto del camarero, no merecía la pena interrogarle, se dijo. El hombre habría repetido lo que oyó por teléfono. Una mujer llamaba a su esposo y ello debía de ser cosa muy corriente.

Hines le condujo hasta una puertecita situada al otro lado del mostrador. Cortés, se echó a un lado, para que Baxter pasara delante.

La puerta daba a un pequeño almacén, escasamente ocupado. Baxter dio media vuelta. Hines cerró y se volvió hacia él, sonriendo de un modo extraño.

—Voy a cumplir lo prometido —dijo.

—¿Con el meñique? —preguntó Baxter.

—Con el meñique y cuatro dedos más, cerrados en forma de puño.

Hines disparó su brazo, pero, de repente, sin saber cómo, se encontró con el miembro apresado por dos manos de hierro, a la altura de la muñeca. Antes de que pudiera percatarse de lo que sucedía, Baxter hizo una rápida torsión, muy seca.

Los huesos chasquearon. Hines aulló de dolor y se tambaleó.

Con los dedos en punta, Baxter le tocó en la garganta. Hines se desplomó de espaldas, consciente, pero poseído por un dolor insufrible. Antes de abrir la puerta, Baxter se volvió hacia él.

—Usted ha mentido, lo demostraré en el juicio y acabará en la cárcel, por cometer perjurio —se despidió fríamente.

* * *

—No lo tienes bien, Kate —dijo Baxter, aquella misma tarde.

Ella estaba muy pálida, pero aún perdió color.

—¡Dios mío! ¿Por qué quieren hacerme esto? ¿Quién quiere perderme? —exclamó—. Sé que maté a mi esposo…, pero él quería matarme…

—Tranquila, no te excites —aconsejó él—. Te he dicho que las cosas no marchan bien, lo cual no significa que el caso esté perdido irremisiblemente. Simplemente, quiero pintarte el panorama tal como es.

—Pésimo, ¿verdad?

—Kate, dime una cosa. ¿Has comprado, en tu vida, algún revólver?

—No, jamás. Nunca tuve un arma, Budd. ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso?

Baxter sacó del bolsillo la fotografía que había enseñado al armero aquella misma mañana.

—¿Tienes unas gafas oscuras parecidas a éstas?

—No. Compré un par hace algún tiempo, pero eran más pequeñas, casi rectangulares... y ligeramente graduadas.

—¡Caramba, no sabía...!

Ella se sonrojó.

—Tengo una dioptría en el ojo derecho y tres cuartos en el izquierdo. Es una miopía muy leve y las uso solamente para cosas que están muy distantes, una función de teatro, el cine... En casa no me las pongo jamás, ni siquiera para ver la televisión. Además, el color es muy suave. Si quieres, haré que las pidan; están en mi celda.

—No hace falta, gracias. Kate, ¿cómo entró él en tu casa?

—Tenía una llave. No la pude recuperar.

—¿El piso era tuyo?

—Yo firmé el contrato de alquiler. Dane dijo que era así mejor; a veces, tendría que estar fuera cuando pasara el cobrador y yo no me movía de la ciudad, prácticamente, salvo algunos fines de semana.

—¿Estar fuera? ¿Qué quiere decir eso, Kate?

—Bueno, su jefe lo enviaba de viaje con alguna frecuencia. Asuntos de negocios, no sé más. Pero no debían ser de gran importancia o, en todo caso, se trataba de asuntos un tanto rutinarios. A Dane no le hubieran encomendado alguna cosa en la que fuese necesario tomar una decisión.

—Casi se podría decir que se trataba de un correo.

—Pues... no es una palabra del todo incorrecta, aunque, desde luego, jamás me contó lo que hacía en sus viajes. Luego, bien, ya sabes lo que sucedió...

—¿Le llamaste el día en que fue a verte?

—En absoluto. Francamente, ya empezaba a olvidarme de él. A veces, creía que mi matrimonio no había sido sino un mal sueño.

—¿Por qué no solicitaste el divorcio?

Kate desvió la vista, un tanto ruborizada, pero no contestó.

Baxter comprendió en el acto. Ella era de ascendencia irlandesa, católica. Podía ser una pecadora en muchos aspectos, pero había cosas vedadas a una mujer que había recibido cierta clase de educación religiosa. Sus creencias, acaso muy atenuadas, pero no extinguidas, le impedían acudir a la solución del divorcio.

Seguramente, cumpliría con la Iglesia por Pascua Florida y acudiría la mayoría de los domingos a misa en San Patricio. En este sentido, la influencia irlandesa era muy fuerte.

—Bien, no te preocupes —sonrió, mientras estrechaba

afectuosamente sus manos—. Costará, pero conseguiré que te absuelvan.

CAPÍTULO IV

La pantalla se iluminó y el rostro de Gray se hizo visible, con una sonrisa sarcástica.

—¿Qué tal va el valiente caballero, socorredor de la viuda desvalida? —preguntó—. ¿Has derrotado ya al fiero dragón que la guarda en su impenetrable cueva?

—He recibido algunas llamaradas, procedentes de las fauces de ese dragón —contestó Baxter jovialmente—. Precisamente te llamo para que me ayudes a derrotarlo.

—Muy bien, Jorge. Adelante.

—Me llamo Budd —se picó el joven.

—Pero como estás peleando contra un dragón, yo te llamo Jorge. Lo que pasa es que no mereces el calificativo de santo —rió Gray, desaforadamente.

Baxter se echó a reír, también.

—¿Qué me dices de Rood? —preguntó, después.

—Estoy recopilando informes. No es un tipo que dé mucho que hablar a los periodistas.

—En alguna ocasión se habrá hablado de él. Denis, destaca dos de las chicas y envíalas a las bibliotecas y archivos. Que hurguen en los periódicos y revistas hasta diez años atrás. Y que se lleven credenciales y cámaras, para fotografiar cuanto se haya publicado acerca de Rood. ¿Entendido?

—Me vas a dejar la oficina en cuadro —se quejó Gray.

—No llores. Además del contable y el adjunto, tienes nada menos que ocho empleadas. Elige las más espabiladas y ponías al trabajo, inmediatamente.

—El negocio es tuyo, pero la factura te pondrá los pelos de punta.

—Me pondré un casco de trabajador —sonrió Baxter—. ¡Ah! Mira a ver si en alguna fotografía, Rood o algunos de los íntimos, están acompañados de alguna chica parecida a Kate Kyrr, no en la cara, sino en el físico en general.

Gray elevó sus brazos al cielo.

—¡Voy a volverme loco! —clamó.

—Piensa en la factura —dijo Baxter, un segundo antes de apretar la tecla de desconexión.

Entonces se dio cuenta de que Koye, el criado, esperaba con una bandeja en las manos.

—El señor está muy preocupado —dijo, mientras le servía una taza de café—. ¿Puedo preguntar al señor por qué no se dedica exclusivamente a su negocio y deja de meter sus respetables narices en

las vidas ajenas?

—A veces, esas vidas ajenas... una de ellas fue mi vida en tiempos —contestó Baxter, evocadoramente.

—Es raro el amor sincero del que no queda una minúscula brasa en las cenizas —dijo Koye.

—¿Confucio?

—Lao-tsé, señor.

—Dudo mucho de que Lao-tsé pronunciara alguna vez semejante máxima, Tim.

—Entonces, murió infinitamente desgraciado, por no habérsele ocurrido —respondió Koye con todo desparpajo.

De repente, sonó el teléfono de la sala.

—Perdón, señor —dijo el criado.

Momentos después, hacía un leve gesto con la mano.

—Es para usted, señor.

Baxter se levantó. Instantes después, oía una voz femenina, de dulces entonaciones.

—Eres Budd Baxter.

—Nunca lo he negado, señora...

La mujer rió argentinamente.

—Hace algún tiempo, no me llamabas señora. Soy Evelyn Peters. ¿Tantas han sido tus conquistas desde entonces, que ya no reconoces mi voz?

—¡Caramba, qué sorpresa tan agradable! ¿Qué haces en Nueva York, preciosa?

—¿Hacer? Vivo aquí, en los apartamentos Longdale, número ciento cuarenta y nueve. ¿Por qué no vienes a hacerme una visita? ¿Ya no recuerdas la “bomba liquida” que yo te preparaba en tiempos? Decías que te hacía explotar...

—Nena, lo que me hacía explotar no era precisamente ese *cocktail* —rió él—. ¿Qué hora te parece la mejor?

—¿Las siete?

—De acuerdo. Sé puntual, cariño.

Baxter dejó el teléfono y miró a Koye.

—Lo siento, Tim. Sospecho que hoy no cenaré en casa.

—Para mí es una noticia muy agradable. Ahora llamaré a una hermosa muchacha, que se ha constituido en mi alumna, en la práctica de las artes orientales. Créame, pronto me ganará, señor.

—Esa clase de discípulos derrotan muy rápidamente al profesor, Tim.

—Hay derrotas muy agradables, señor.

Baxter contuvo una sonrisa mientras se dirigía a su dormitorio para cambiarse de ropa. Por supuesto, pensaba acudir a la entrevista con Evelyn Peters, pero el día era largo y había tiempo sobrado para

hacer otras muchas cosas.

* * *

Sentado en un discreto rincón del Bertie’s, Baxter permaneció algunas horas. Hines llegó poco después de mediodía. Más tarde, aparecieron algunos individuos, que se entrevistaron sucesivamente con él, en su despacho. Baxter se fijó, especialmente, en un par de aquellos sujetos, cuyo aspecto no predisponía a tomarles como dientes habituales del local.

A las cuatro llegó un hombre, alto, delgado como una espada, de nariz afilada y ojos vivaces. Usaba un fino bigotito negro y vestía con singular elegancia. El recién llegado desapareció en el despacho de Hines, ya vacío de visitantes.

Baxter juzgó oportuno abandonar el local. Ya había visto bastante.

Media hora más tarde, entraba en la Silver Cup.

Había un mozo atendiendo el mostrador. Baxter le hizo una pregunta.

—Está arriba, tiene visita —contestó el sujeto, desabridamente.

Baxter puso a la vista un billete de cinco dólares.

—Es Caddo, señor —dijo el *barman,* mucho más amable.

—Gracias.

Momentos después, Baxter se hallaba ante la puerta del departamento privado de Polly. Abrió con todo cuidado y, en el mismo momento, oyó el chasquido de una bofetada.

—¡Maldita zorra! ¿Crees que me voy a tragar tus estúpidas excusas? Vamos, suelta la “pasta" o...

Baxter se acercó silenciosamente al individuo y le tocó con los dedos en el hombro. Lussaroth, sorprendido, giró en redondo, justo a tiempo para chocar contra un codo que se había alzado venenosamente.

El rufián dio dos o tres pasos hacia atrás, aullando coléricamente. Polly se retiró a un rincón.

Durante unos segundos, Lussaroth permaneció inmóvil, como si no supiera exactamente lo que le había sucedido. Luego, de súbito, metió la mano en el bolsillo y sacó una navaja cuya hoja se desplegó instantáneamente.

Saltó hacia adelante. Dos manos aferraron inexplicablemente la muñeca armada. Lussaroth no sabía que su oponente le había hecho la presa *Tsuki age,* un poco forzada, ya que estaba destinada a evitar un puñetazo de arriba abajo. Pero en aquellos momentos Baxter estimó que era la réplica adecuada, sobre todo para llegar a la culminación del plan que se había trazado.

Inmediatamente, alzó un poco los brazos y elevó la mano de

Lussaroth. Giró un cuarto de vuelta a la derecha y avanzó ampliamente el pie del mismo lado, para desequilibrar a su adversario, al mismo tiempo que bloqueaba el brazo de Lussaroth con la presión de su sobaco izquierdo.

Al sujeto le resultó imposible deshacer la presión. De pronto, Baxter oyó un chillido de Polly.

—¡Cuidado!

Baxter volvió un poco la cabeza. En aquella presa, el brazo izquierdo de Lussaroth quedaba libre. Ahora, el sujeto, tenía algo en la mano.

Era un pequeño frasquito, con tapón de vidrio, que se esforzaba por quitar el pulgar. “Luego no exageraba”; pensó, al recordar los informes de Polly.

Entonces, apoyó el pie derecho en el suelo y alzó el otro hacia arriba, coceando literalmente. Alcanzado de lleno en la entrepierna, Lussaroth lanzó un rugido inhumano y se desplomó sin conocimiento.

El frasco rodó por la alfombra, afortunadamente sin romperse. Baxter se inclinó, lo recogió y se lo entregó a Polly.

—Con mucho cuidado, viértelo en el lavabo —ordenó.

Ella, todavía temerosa, hizo un gesto de asentimiento. Baxter se apoderó, también, de la navaja. Lussaroth ya no llevaba otras armas.

Polly regresó momentos después, muy pálida.

—Ese miserable hijo de zorra... Era vitriolo. Me dan ganas de rebanarle el pescuezo...

—No te pierdas, por un sujeto como él —sonrió Baxter.

—Volverá otro día, cuando esté seguro de que no se va a encontrar contigo —dijo ella, aprensiva.

—Cuando vuelva, enséñale un revólver. Los tipos como Caddo se “arrugan” en seguida. ¿Puedes darme una copa?

—¡Claro! Oye, ¿qué le pasa a Caddo?

—Simplemente, está desmayado, no te preocupes. Despertará por sí solo. Dime, Polly, tú compraste el local a Hines.

—Así es. Había hecho algunos ahorrillos y él se portó bastante bien conmigo, sobre todo, porque progresaba con mucha rapidez y quería algo mejor que el Silver Cup. Pero ¿por qué me lo preguntas?

Baxter aceptó la copa que le ofrecía Polly.

Antes eras camarera aquí y ahora eres la dueña. Sin duda, has debido de conocer a muchos de los amigos de Hines.

—Así es.

Con toda placidez, Baxter se sentó en una butaca, cruzó las piernas y miró a la joven.

—Empieza a hablar —invitó.

Diez minutos más tarde, Baxter se puso en pie.

—Es una lástima —dijo—. Tengo un compromiso inaplazable...

De lo contrario, me quedaría contigo.

Lussaroth empezaba a dar señales de vida. Baxter se lo llevó por el sencillo procedimiento de arrastrarlo del cuello de la chaqueta. El sujeto protestó airadamente cuando bajó la escalera en semejante postura, pero Baxter no le hizo el menor caso.

Momentos después, llegaban a la puerta lateral. Baxter arrojó al sujeto fuera del edificio.

—Nos veremos otra vez —gruñó Lussaroth.

Por toda respuesta, Baxter le golpeó en una sien con el canto de la mano. Fue un golpe suave, lo justo para que el rufián perdiera el conocimiento por segunda vez.

* * *

La mujer que le abrió era alta, de cuerpo bien formado y pelo rubio. Al mismo tiempo que sonreía cálidamente, tendió ambas manos a su visitante.

—Querido, no sabes qué alegría me da verte —dijo Evelyn Peters.

Baxter la miró de pies a cabeza.

—Eres como el vino, mejoras con el paso del tiempo, pero no creas que por ello te llamo vieja —contestó—. Ni mucho menos.

—Me siento esplendorosamente joven. Además, me parece, tenemos la misma edad. Quizá soy yo todavía un par de años menor que tú.

—Sí, eso creo, aunque no tiene demasiada importancia. ¡Oye, Evelyn, vaya choza! —exclamó él, de repente, al percatarse de la lujosa decoración del departamento.

—Psé, corrientito... ¿Te apetece una copa?

—¿No me llamaste para eso?

Evelyn rió suavemente.

—Tienes razón. Dispensa, querido.

Ella se acercó a una barra bien provista, mientras Baxter la contemplaba críticamente. Era, realmente, una mujer muy hermosa y plenamente consciente de sus encantos. Quizá por ello mismo el vestido que llevaba puesto no tenía espalda.

Evelyn regresó junto a su invitado.

—Ven, sentémonos —propuso.

Baxter accedió. Evelyn se situó muy cerca de él, algo inclinada hacia adelante. La tela de la parte anterior del vestido era, asimismo, muy escasa.

—¿Cómo se te ocurrió llamarme? —preguntó él.

—Creías que me había olvidado de ti, ¿verdad?

—Bueno, han pasado algunos años... “Aquello”, a decir verdad, duró sólo unas pocas semanas...

—Pero resultó inolvidable —dijo Evelyn, ardientemente.

—¿Lo crees así?

—¿Te habría llamado, en caso contrario?

Evelyn acercó todavía más el cuerpo. La insinuación era evidente.

Baxter decidió hacer una prueba. Dejó la copa a un lado y pasó los brazos en torno a la cintura de la joven.

Evelyn suspiró. Uno de los tirantes de su vestido se desprendió, pero ella no hizo el menor gesto para volverlo a su sitio. Tampoco formuló la menor objeción cuando la boca del hombre se aplastó contra la suya.

CAPÍTULO V

De pronto, Evelyn rompió el contacto y se puso en pie, aunque dejando una mano en poder de Baxter.

—Aguarda unos minutos —dijo, con ojos brillantes—. Voy a ponerme algo que te hará soñar.

—Las ropas, por bonitas y vistosas que sean, nunca me han hecho soñar —contestó él.

—Ahora te haré cambiar de opinión.

Evelyn se dirigió hacia la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores. Cuando ya iba a cruzar el umbral, Baxter reclamó su atención.

—Eh, ¿qué es ese retrato? —preguntó.

Evelyn se volvió.

—Hace un año, estuve a punto de casarme con un individuo... que luego resultó estar ya casado y tener cinco hijos. Pude recobrar la fotografía que le había dado, no por el retrato en sí, sino por el marco. Es de plata.

—¡Ah, ya comprendo!

Evelyn desapareció. Entonces, Baxter se acercó a la consola donde estaba el retrato y desarmó el marco rápidamente.

La fotografía era casi de tamaño natural, en colores, muy suaves, de tonos pastel, sumamente agradables. El color rubio del pelo había sido reflejado con absoluta fidelidad.

Durante unos momentos, Baxter trabajó activamente. Luego dejó la fotografía tal como la había hallado y retrocedió unos pasos para observar el resultado de su labor.

—Sí, podría ser —murmuró.

Súbitamente, percibió un ligero soplo en la espalda. Con movimiento fulgurante, se dejó caer hacia adelante, volteando, al mismo tiempo, sobre el eje del cuerpo. Así cayó sobre los hombros, pero como había encorvado algo las piernas, consiguió dos puntos de apoyo, que le permitieron levantarse como impulsado por un resorte, mientras el desconocido, frustrado su propósito, caía de bruces, todavía con el cuchillo en la mano.

Baxter se puso en pie antes de que el otro tuviera tiempo de reaccionar. El cuchillo, advirtió de inmediato, era más bien un estilete, muy delgado, casi un agujón. Su anchura máxima, junto a la empuñadura, no rebasaba el centímetro y medio.

El otro no era menos ágil y se incorporó en el acto. Giró sobre sí mismo y avanzó el brazo derecho a fondo.

Era el *Tsukommi* o puñalada al estómago. Baxter, para contraatacar, ejecutó un cuarto de vuelta a su derecha, disparó el puño a los ojos del sujeto y, tras bloquear la muñeca armada con su brazo izquierdo, alcanzó su cuello con el brazo derecho. Hizo una presión, rápida, seca, y el chasquido de unas vértebras le anunció el final del combate.

Desmadejado, el asesino cayó sobre la alfombra.

Baxter se puso en pie. Evelyn no había dado señales de vida.

¿Habría oído algo?, se preguntó.

El diván era grande, amplio, muy mullido, de respaldo un tanto Inclinado. Baxter lo separó un poco de la pared y arrojó el cadáver al otro lado. Luego dejó el diván en la misma posición; el borde inferior del asiento tenía una especie de faldones que llegaban hasta el suelo. El cuerpo de su atacante quedaba así completamente oculto.

El estilete siguió a su dueño. Mientras realizaba todas estas operaciones, Evelyn continuaba en el interior del departamento.

Baxter meditó unos instantes. Al fin, llegó a una conclusión. De puntillas, sin hacer el menor ruido, se dirigió a la puerta, abrió y salió al pasillo.

Evelyn asomó la cabeza, minutos después. Sus ojos se llenaron de extrañeza al ver el salón completamente vacío.

—¡Budd! —llamó.

Nadie le contestó. Llena de perplejidad, se situó en el centro de la sala. Todo aparecía en orden.

Al cabo de unos minutos, se acercó al teléfono, lo levantó y marcó un número.

—Soy Evelyn —dijo.

—¿Sí?

—Escucha, Baxter ha estado aquí, pero se ha cansado de esperar y se ha marchado.

—¡No digas tonterías!

—Hablo en serio. Estoy sola. El... otro no ha venido.

—Se habrá retrasado. Tal vez el tránsito.

—En ese caso, ha perdido el tiempo. Cuando venga le diré que se largue con viento fresco.

Evelyn colgó el teléfono, malhumoradamente. Destapó una botella, se sirvió una copa y se apoyó en uno de los taburetes. Cuando se llevaba la copa a los labios, vio algo que le hizo lanzar un agudo chillido.

Una horrible palidez cubrió sus facciones al divisar las gafas oscuras que Baxter había pintado sobre la fotografía.

* * *

—Tengo que averiguar por qué tu esposo fue a verte, armado con un revólver —dijo Baxter, al día siguiente.

—Posiblemente pensaba hacer realidad el viejo refrán: "Mía o de la tumba fría" —contestó Kate, con amargo humorismo.

—Tal vez. —Baxter sacó del bolsillo unas gafas oscuras, de grandes dimensiones, y se las entregó a su cliente—. ¡Anda, póntelas!

Kate obedeció. Baxter la contempló en silencio durante unos segundos.

—No cabe la menor duda. Bastó este sencillo adminículo para que alguien, haciéndose pasar por ti, comprase el revólver —dijo, al cabo—. Pero lo que no acabo de entender muy bien es por qué, luego, se lo dieron a Dane.

Kate se quitó las gafas.

—Es algo verdaderamente incomprensible, en efecto —convino —. Pero lo tenía... y según los informes el arma está registrada a mi nombre.

—Empiezo a pensar que a Dane le tendieron una trampa. Posiblemente, alguien sabía que todavía estaba loco por ti. Un día u otro iría a verte, perdería la cabeza...

—Y dispararía contra mí.

—Efectivamente. Por muchas atenuantes que luego presentase su defensor, ya sabes, celos, crimen pasional y demás, la condena no iba a tener nada de leve.

—Sí, pero ¿por qué querían matarme?

—Kate, tú no eras más que un simple peón en su juego. Tu muerte les importaba un rábano. Lo que querían, en realidad, era deshacerse de tu esposo por una larga temporada.

Ella sonrió tristemente.

—Ya lo han conseguido; ha desaparecido para siempre —dijo.

—Eso es muy cierto. Pero ¿por qué? Es evidente que Dane estorbaba a alguien. Sin embargo, desconocemos los motivos... y eso

es algo qua debo averiguar a toda costa, porque puede darnos la solución del caso.

—Budd, el hecho cierto es que el arma se disparó y Dane murió. Yo estoy acusada de homicidio y no veo cómo vas a conseguir que me absuelvan.

—Tal vez no —admitió él, llanamente—. Pero puedo conseguir un arreglo con el fiscal.

—¿Un arreglo? —se extrañó Kate.

Baxter eludió la respuesta.

—Tienes que darme la llave de tu casa. Quiero practicar un registro a fondo.

—Debe de tenerla el conserje —contestó ella.

—Entonces, redactaré ahora mismo una autorización y tú la firmarás, a fin de que no me pongan obstáculos. Otra cosa, ¿sabes dónde vivía Dane?

—Sí, desde luego.

Baxter sacó una agenda, en la que escribió durante unos minutos. Tomó la dirección del difunto y luego se puso en pie, con la sonrisa en los labios.

—Sé que estar en la cárcel no resulta agradable, pero te pido paciencia. Y fe, por supuesto —dijo.

Kate intentó sonreír.

—Confío en ti —respondió.

* * *

El registro de la casa de Kate había resultado absolutamente infructuoso. Baxter se detuvo ante la puerta del piso que Dane Kyrr había ocupado hasta el momento de su muerte.

La puerta estaba cerrada con llave, pero él no se arredró. Precavidamente, se había provisto de un buen juego de ganzúas y, tras algunas pruebas, encontró la adecuada.

Era de noche y el departamento estaba a oscuras. Baxter encendió la luz.

El interior aparecía bastante ordenado, aunque la modestia de la decoración saltaba a la vista. Tras cerrar la puerta sin ruido, Baxter se preguntó qué buscaba.

—Algo, alguna pista... —se contestó a sí mismo.

Pero no podía estar parado. Aunque tuviera que pasarse la noche allí, registraría todo el departamento, hasta los rincones más ocultos.

Pasaron dos horas. Cuando ya desesperaba de obtener frutos de su labor, que ya le hacía hasta sudar, fue a la cocina y abrió el frigorífico, a fin de tomar una bebida fresca.

El aparato era un modelo algo anticuado. De pronto, Baxter observó que la puerta parecía un tanto deteriorada por la parte

exterior. El panel que la recubría daba la sensación de que podía despegarse de un momento a otro.

Una idea acudió a su mente. Buscó un cuchillo y lo metió entre el panel y la armazón. Instantes después, divisó un objeto negro, rectangular, sujeto al interior del panel por una cruz de cinta adhesiva.

Sonrió para sus adentros. Era un escondite poco común. Posiblemente, alguien había estado en la casa más de una vez, pero no había sabido llegar hasta el frigorífico, salvo para buscar bebidas, que, por cierto, no había.

Despegó la cinta y abrió la libreta. A los pocos momentos, apreció unas notas muy interesantes.

Había nombres, apellidos, direcciones y cantidades en cifras. Muchas de las notas aparecían tachadas con lápiz rojo. Dos de ellas, sin embargo, estaban intactas.

Una de ellas correspondía a un sujeto de Kansas City. La cifra anotada era de 15.000.

La segunda nota contenía una dirección de Múnich. La cifra rozaba los 100.000.

—Serán marcos —supuso.

Dado el cambio de la moneda, si efectivamente eran marcos, la cifra representaba alrededor de veinticinco mil dólares.

Pero ¿qué significaban las direcciones y las cantidades escritas a continuación?

“¿Contribuciones especiales?"

Guardó la libreta y dejó el frigorífico tal como lo había encontrado. En su viaje de regreso hacia la salida, fue apagando las luces.

Cuando llegaba a la sala, oyó ruido de una llave en la cerradura.

* * *

Baxter saltó hacia adelante, apagó la luz y se situó al otro lado de la puerta, justo en el momento en que alguien la abría. El joven se dispuso a atacar.

Alguien encendió la luz. Una mujer llamó:

—Dane, ¿estás ahí?

—Lo siento —dijo Baxter, apareciendo súbitamente—. Dane ya no volverá más a esta casa.

Ella se volvió, lanzando un chillido de susto.

Baxter sonrió, mientras cerraba la puerta.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

—No tema, señora —contestó—. Soy... un conocido de Dane y vine a buscar algo que le dejé hace algún tiempo. Me llamo Baxter y el nombre es Budd.

—Yo..., yo soy Linda Hackett... Pero ¿dónde está Dane?

Las cejas de Baxter se alzaron.

—¿De dónde viene usted, señora? —preguntó.

—He pasado una temporada en Oklahoma, con mi hermana. Ha tenido gemelos y me pidió que fuese a ayudarla... Oiga, ¿puede decirme de una vez qué le pasa a Dane?

—Ha muerto.

Las rodillas de Linda flaquearon, repentinamente. Baxter la sostuvo por un brazo.

—Siéntese, señora —dijo—. Lamento mucho tener que darle esta mala noticia, pero ¿es que no lee usted los periódicos?

Ella hizo un gesto negativo.

—He estado en un pequeño pueblo, medio aislado del mundo... ¿Qué le ocurrió?

—Supongo que usted no ignora que estaba casado. Fue a visitar a su esposa, discutieron, él sacó un revólver... y el arma se disparó en la lucha.

—No lo entiendo. Dane me había jurado en más de una ocasión que la había olvidado por completo.

—Debió de engañarla. La señora Kyrr es mi cliente, ahora, y ella asegura que Dane aún la amaba.

—Eso no es cierto...

Baxter no quiso insistir. Kyrr había sido un sujeto despreciable, capaz de engañar a cualquiera.

—¿Vivía usted con él, señora Hackett?

Linda asintió.

—Hacía algunos meses —contestó.

—¿En qué trabajaba Dane?

—Estaba empleado... no sé dónde. De cuando en cuando, tenía que viajar. No ganaba demasiado, ésta es la verdad, aunque hace un par de meses me aseguró que tenía entre manos un negocio que podía hacerle rico.

Baxter contempló a la mujer. Linda era todavía joven, bastante atractiva, aunque, desde luego, no podía compararse siquiera con Kate.

—De modo que no sabe dónde trabajaba —dijo, tras una pausa.

—No. El no lo mencionó nunca. Sólo hablaba en términos vagos y a mí, en realidad, no me importaba demasiado.

—Siento lo que sucede, señora...

—Soy soltera —corrigió Linda.

—Dispense. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Gracias. —Ella suspiró y se puso en pie—. Ahora tendré que pensar en lo que voy a hacer en lo sucesivo. Me siento desorientada, por completo, créame.

—Lamento no poder hacer más por usted. ¿Seguirá aquí, en esta misma casa?

—Sí. Yo también trabajo. Pensaba dejarlo cuando Dane hubiese terminado su asunto, pero ahora tendré que volver a mi empleo.

—Es probable que la cite como testigo, cuando se celebre el juicio. De todos modos, si puedo evitarlo, lo haré.

—¿Tan mal lo tiene la señora Kyrr? —preguntó Linda.

—Dane murió sin otro testigo que su propia esposa. La defensa va a resultar difícil, en efecto.

Baxter estrechó la mano de Linda y abandonó la casa. Ella era joven todavía. Acabaría por olvidar, sobre todo, cuando se enterase de la clase de tipo que había sido Dane Kyrr.

Pero, en cierto modo, se sentía contento. Aquella libreta podía representar una preciosa pista, que le llevase a la solución de un caso que se presentaba con hartas dificultades.

CAPÍTULO VI

El hombre, robusto, macizo, de rostro sanguíneo, pero de expresión simpática, sonrió mientras lanzaba hacia su visitante un grueso sobre.

—De modo que mi viejo amigo Hugo ha cambiado de mensajero —dijo Jim Sharboe.

—Ha cambiado a la fuerza —sonrió Baxter.

—Sí, ya sé que al otro le pegaron un tiro. La verdad, nunca me fié demasiado de él. Se lo había advertido a Hugo en más de una ocasión, pero nunca quiso hacerme caso.

—Sí, parece que Dane era un poco tramposo. ¡Oh! No es que el señor Rood me haya dicho nada; pero uno sabe leer entre líneas...

Sharboe se echó a reír.

—Usted me gusta —dijo—. Si un día se cansa de su empleo, venga a mi casino, amigo Craig.

—Lo tendré en cuenta, señor Sharboe. —Baxter había decidido usar un nombre falso; quizá Rood había hablado con Sharboe y era preciso tener en cuenta todas las eventualidades. Ahora se hacía llamar Craig, el primer nombre que se le había venido a las mientes.

Sharboe se levantó.

—Supongo que no me rechazará una copa, Chuck —dijo.

—Será un placer, señor Sharboe —contestó Baxter.

El despacho privado de Sharboe, propietario del Golden Cloud Casino, estaba decorado con singular elegancia. Al otro lado de la puerta, de recios paneles de roble oscuro, había dos guardaespaldas de rostro pétreo. Baxter se preguntó qué pasaría cuando Rood se enterase de que alguien había ido a cobrar cierta suma por propia iniciativa.

—Cuando vea a mi amigo Hugo, dígale que la mercancía que me envió era de primerísima calidad. —Sharboe se acercó al joven con dos copas en las manos y le tendió una—. Mi dinero también es de primera calidad —añadió con una estruendosa carcajada.

—No lo dudo en absoluto —contestó Baxter.

Levantó la copa.

—Por que volvamos a vernos —dijo.

Los dos hombres bebieron. De pronto, Sharboe hizo una observación:

—Chuck, no ha contado el dinero —exclamó.

—Tengo plena confianza en usted —respondió el joven.

—Usted me gusta. Si un día se cansa de trabajar para Hugo, venga a Kansas City; aquí, en mi casino, tendrá siempre un puesto.

—Muchas gracias, señor Sharboe.

—Otra cosa, Chuck. Dígale a Hugo que, la próxima vez, me avise

con más tiempo. Usted ya me entiende, ¿no?

—Lo siento, señor. Mi jefe pensó que no resultaría conveniente utilizar el teléfono.

—Eso es cierto —admitió Sharboe—. Sólo lo hace cuando me anuncia el envío de la mercancía, pero nunca había enviado el… "cobrador" tan pronto.

—No puedo darle explicaciones sobre el particular. Me dijo que viniera a verle y obedecí.

—Sí, claro. Bien, Chuck, ahora debe dispensarme, pero tengo trabajo. Mi local es el más importante de Kansas City en su género y debo cuidar del negocio.

Sharboe en persona abrió la puerta. Afable, estrechó la mano del joven y luego volvió a su mesa.

Baxter pasó por la gran sala de juego, atestada de personas. Sí, el casino era una mina de oro, pero, por lo visto, Sharboe era muy ambicioso y no se contentaba, solamente, con las ganancias que le dejaban sus clientes.

¿Qué mercancía había recibido, cuyo valor ascendía a quince mil dólares?

Empezó a sospechar la verdad. Pero debía confirmarla con pruebas. Y no le resultaría fácil conseguirlas.

Al salir del casino, hizo una indicación al portero de ostentoso uniforme. El cancerbero alzó una mano y un taxi se detuvo casi en el acto.

Baxter puso un billete en la mano del portero. Entró en el taxi y le dio una orden:

—Al Par Prairie.

Era el nombre del hotel en que se alojaba.

—Bien, señor —contestó el taxista.

Al llegar al hotel, Baxter se acercó al encargado de la recepción.

—Pídame un billete de avión para las ocho o las nueve de la mañana. No sé qué horarios tienen los vuelos para Nueva York; usted se encargará de ello, ¿verdad?

—Con mucho gusto, señor Craig.

Satisfecho, Baxter subió a su habitación. Abrió la puerta y se encontró frente a dos sujetos, que le apuntaban con sendas pistolas.

—El dinero —dijo uno de ellos.

—O la vida —sonrió Baxter.

—Exactamente —confirmó el otro pistolero.

* * *

Baxter extendió los brazos casi horizontales.

—Prefiero la vida —dijo.

—A todos nos gusta mucho vivir —sonrió el primero que había

hablado—. Regístrale, Buddy.

—Vaya, casi se llama como yo —exclamó Baxter.

—Teníamos entendido que su nombre es Chuck Craig.

—Bueno, también me llaman Budd. No tengo manías en cuestión de los nombres. Oigan, ustedes, me parece, trabajan para un competidor de Sharboe.

—Salta a la vista, ¿no?

—Soy nuevo en el negocio —confesó Baxter—. Pero me gustaría hablar con su jefe. Quizá le interese lo que tengo que decirle.

Los dos pistoleros intercambiaron una mirada.

—¿Crees que accederá? —consultó Buddy.

—Por probar nada se pierde —contestó el otro.

Baxter ya había sido desposeído del dinero. Tras una ligera vacilación, Buddy movió la cabeza.

—Andando —ordenó—. Pero no olvide que estamos armados.

—Yo no llevo encima ni un mal mondadientes —respondió Baxter, placenteramente.

Los tres hombres salieron del hotel con toda naturalidad. Baxter embarcó en el asiento posterior de un automóvil. Buddy se sentó junto a él.

Un cuarto de hora más tarde, el coche se detenía en la parte posterior de un edificio aislado, tan oscuro como iluminada estaba la fachada. Baxter fue conducido al primer piso. Buddy se quedó a su lado, en un corredor, mientras el otro entraba en una habitación, de la que volvió a salir un minuto más tarde.

—Entre —ordenó.

Baxter cruzó el umbral. Al otro lado de una mesa, había un hombre de unos cincuenta años, seco, de rostro chupado y ojos de serpiente.

—Soy Tennack —dijo—. ¿Cuál es la proposición que quiere hacerme?

—Señor Tennack, sus muchachos me han quitado quince mil dólares. No pienso protestar por ello, porque ya imagino que éste es un asunto de rivalidad., comercial. Pero me gustaría ayudarle.

—¿Por qué? —preguntó Tennack, receloso.

—Usted ha conseguido averiguar cuándo vendría yo a recoger el importe de la mercancía, ¿no es así?

Tennack señaló el sobre que yacía sobre la mesa.

—Está claro, me parece —contestó.

—Bien, pero ¿es que no sabe, nunca, cuando llega la mercancía?

—Claro que sí, pero viene harto vigilada. Hasta ahora, no me ha sido posible...

—Yo puedo hacérselo posible, si usted me telefonea a cierto número de Nueva York, cuando se entere de que Sharboe va a recibir

un envío.

Los dedos de Tennack tamborilearon sobre la mesa.

—¿Quién me garantiza que no tratará de engañarme? —rezongó, desconfiado.

—¿Cómo le traen la mercancía a Sharboe?

—Vienen dos. Uno de ellos usa un maletín de negocios. El otro es su guardaespaldas.

—Si logra averiguar con tiempo la fecha del próximo envío y me avisa con cierta antelación, le aseguro que el maletín vendrá a parar a sus manos.

—Me gustaría verlo…

—Lo verá —mintió Baxter, con rotundo acento—. Lo único que necesito es saber la fecha exacta. Deje el resto de mi cuenta; Sharboe recibirá un maletín lleno de recortes de papel.

—Usted puede quedárselo…

Baxter sonrió.

—No tengo medios de… distribución —dijo—. Prefiero que usted se encargue de ello, claro está que mediante unos honorarios.

—De acuerdo —cedió Tennack, finalmente—. Trato hecho.

—Cuente conmigo. Le aseguro que no tendrá que lamentar mi ayuda.

Baxter alargó la mano y se apoderó del sobre.

—¡Eh, deje eso ahí! —protestó Tennack.

—Oiga, ¿quiere que vuelva a Nueva York con las manos vacías? Si se queda con la "pasta", recelarán de mí y usted se quedará sin los futuros envíos de mercancía.

—Es cierto, no había caído en ello. Pero tenga en cuenta una cosa: si me engaña, no vivirá para contarlo.

—Tengo muchísimos deseos de llegar a centenario —contestó Baxter, desenvueltamente.

Tennack tocó un timbre. Buddy abrió la puerta.

—Craig se marcha. Déjalo ir —ordenó Tennack.

—Bien, jefe.

Baxter abandonó el despacho con la sonrisa en los labios. Buddy se mostró cortés y deferente con él y lo acompañó hasta la puerta posterior.

—Si quieres, te llevo en el coche…

—No te molestes, gracias, tomaré un taxi.

Baxter echó a andar. Cuando estuvo seguro de que no. le verían, buscó una cabina telefónica.

Alguien contestó a los pocos momentos:

—Sharboe.

—Soy Craig. Señor Sharboe, dos tipos han venido al hotel y se me han llevado la "pasta". A su amigo Hugo no le va a gustar.

Baxter oyó una terrible maldición.

—Deben de ser gente de Tennack —exclamó Sharboe.

—Sí, eso creo. Oí un nombre, pero no lo entendí por completo. Ahora veo que mencionaban a Tennack.

—Está bien, Chuck, no te preocupes; nosotros nos % vamos a encargar de ese asunto.

—Gracias, señor Sharboe.

Baxter colgó el teléfono. Sonriendo maquiavélicamente, regresó al mismo sitio del que había salido unos minutos antes.

Buscó un lugar adecuado para la observación. Entre el edificio del casino y otro que había a unos treinta metros, quedaba una amplia explanada, sin accidentes. Era un lugar de estacionamiento, para días de gran aglomeración. Baxter se situó junto al otro edificio, un viejo caserón, seguramente un almacén que sólo se utilizaba durante el día. Se apostó en una esquina y aguardó.

Media hora más tarde vio llegar un automóvil, cuyas luces se apagaron antes de detenerse. Tres hombres se apearon del vehículo y se encaminaron directamente hacia la puerta trasera.

Arriba, en el primer piso, se veían un par de ventanas iluminadas, aunque las cortinas corridas dejaban pasar muy poca luz. Pasaron algunos segundos.

De repente, Baxter oyó un disparo.

Luego hubo un tremendo estrépito. El fragor de las armas de fuego sobresalió por encima de los demás ruidos. Una ametralladora tableteó estruendosamente.

De pronto, estallaron los vidrios de una de las ventanas. Un hombre saltó a través del hueco y se estrelló contra el suelo. Alguien se asomó a la ventana.

El hombre se incorporó dificultosamente y trató de escapar. Desde arriba bajó una lluvia de balas que lo aplastó de nuevo contra la tierra.

Dos de los pistoleros bajaron a la carrera y se sentaron en el coche. El conductor hizo girar la llave de contacto, pero el motor permaneció silencioso.

Baxter sonrió, mientras lanzaba a un lado un puñado de cables, arrancados mientras los pistoleros se disponían a asaltar el feudo de Tennack. A lo lejos sonaba ya una sirena policial.

Al cabo de unos segundos, los pistoleros se dieron cuenta de que algo no funcionaba en el coche y decidieron escapar. Cuando ponían el pie en el suelo, dos chorros de luz cayeron sobre ellos.

—¡Alto! —gritaron los policías.

Las armas de fuego sonaron una vez más. Dos pistoleros cayeron a tierra. Pero Baxter se alejaba ya del lugar de la matanza.

Un cuarto de hora más tarde, entraba en la estación central de

autobuses. A las tres de la madrugada, el autobús de la Greyhound emprendía el viaje.

En Chicago, Baxter tomó un avión para Nueva York. Mientras volaba, leyó un diario. En Kansas City había estallado una guerra entre bandas. Cinco individuos habían muerto, entre ellos Lex Tennack. Jim Sharboe estaba gravemente herido, detenido en el hospital bajo la acusación de asesinato en primer grado.

Reclinó la cabeza en el respaldo del asiento. Había conseguido bastante, pero no era todo.

* * *

Mientras Evelyn abría la puerta de su departamento, Hugo Rood lanzó un bufido. Malhumorada, ella dijo:

—Te juro que no sé nada de Curt. Aquí no vino, puedo asegurártelo.

—No sé qué diablos se ha hecho de él. Han pasado cinco días y parece como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Hugo, Baxter es muy listo. Adivinó lo del revólver, ¿sabes? Pintó unas gafas en mi retrato. Imagínate los motivos.

Rood volvió a gruñir. Había estado tres días fuera de Nueva York, en su residencia campestre, pasando el fin de semana con Evelyn. Ahora, al volver, ella le había propuesto tomar una copa en su departamento.

—Volveré a llamar a Baxter —dijo ella.

—No acudirá.

—Vendrá. Le sonsacaré, créeme.

—Si viene, te daré algo para que se lo pongas en la bebida.

—Hugo, veneno, ni hablar. No quiero un fiambre en mi casa.

—¡Estúpida! Te daré un narcótico. Nosotros nos encargaremos de todo lo demás. No tienes que preocuparte de nada.

—Está bien.

De pronto, Hood se detuvo en el centro de la sala. Aspiró un poco y arrugó la nariz.

—Esto huele a rayos —dijo.

—La casa ha estado cerrada...

—No tiene por qué apestar.

Evelyn iba demasiado perfumada y tardó un poco en percatarse del extraño olor, un tanto dulzón, pero repulsivo, que flotaba en el ambiente. Por su parte, Rood miraba críticamente a todas partes.

De repente, pareció presentir la verdad. Se acercó al gran diván, olfateó un poco y luego, con gestos bruscos, apartó el mueble.

Evelyn lanzó un espantoso chillido al ver el amarillento rostro del sujeto que yacía en el suelo, oculto, hasta entonces, por el diván. Se tambaleó un poco y luego, de pronto, acometida por unas

espantosas arcadas, corrió hacia el cuarto de baño.

Rood maldijo obscenamente, hasta quedarse sin aliento. Ahora, el hedor del cuerpo de un hombre muerto días antes, se hacía insoportable. Pero no podían dejarlo allí.

Buscó el teléfono y marcó un número. Alguien contestó a los pocos segundos.

—Zabe.

—Jonathan, soy Rood. Ven inmediatamente a casa de Evelyn. Tráete a dos de los muchachos.

—¿Qué es lo que sucede, jefe?

—No hagas preguntas. ¡Ven ahora mismo! —rugió Rood.

Colgó el teléfono y fue al tocador de Evelyn, en donde destapó un frasco de perfume. Empapó un pañuelo y se lo puso ante la nariz.

Lo peor de todo, se dijo, era que no podían abrir las ventanas o los vecinos se enterarían de lo que había sucedido. Y ello era algo que no le convenía en absoluto.

CAPÍTULO VII

—He conseguido saber algunas cosas, aunque no demasiado, y ni siquiera he obtenido pruebas —dijo Baxter.

Sentada frente a él, Kate le miraba intensamente.

—Budd, dime, ¿tienes todavía aquella cabaña en los Addirondacks?

Baxter respingó.

—Kate, ¿qué tiene que ver esto ahora con...? Claro que la tengo; siempre fue de la familia, aunque ahora hace algún tiempo que no voy por allí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Verás, ahora estoy en una celda... tres metros por cuatro; veo un trocito de cielo azul y lo demás es cemento gris verdoso y barrotes de acero. Entonces, cuando quiero evadirme de este horrible lugar, cierro los ojos y pienso en tu cabaña, en los arroyos, en los álamos de hojas de oro y en los arces que se ponen rojos cuando llega el otoño; pienso en la hierba, que se puede pisar con los pies descalzos...

Una lágrima empezó a rodar por las mejillas de la joven. Baxter agarró una de sus manos y la oprimió fuertemente.

—En cuanto salgas de aquí, irás a la cabaña —prometió—, Ya te dije que estoy haciendo todo lo que puedo. Kate, a tu esposo le prepararon una trampa.

—Estoy de acuerdo con ello. Pero ¿por qué también a mí? ¿Qué culpa tenía yo de sus repugnantes negocios?

—No acabo de entenderlo muy bien. Una cosa parece indudable: encelaron a Dane para que fuera a buscarte y, furioso, disparase contra ti. Entonces, habría quedado fuera de la circulación. Pero al morir él, la jugada salió mejor todavía.

—¿Qué es lo que hizo, Budd?

—Era mensajero, y viajaba en busca de ciertas sumas de dinero a distintas ciudades del país y aun del extranjero. Deben de tener mucha confianza en él, porque se encargaba de traer un dinero que no podía circular a través de los Bancos. No obstante, en los últimos tiempos, debió de quedarse con parte de ese dinero, o tal vez con alguna remesa íntegra y una cosa así, en ciertas organizaciones, no se perdona. ¿Lo comprendes, ahora?

—Sí, pero ¿de qué clase de pagos procedía ese dinero?

—Muy probablemente, drogas. Pero eso ya me va a ser más difícil demostrarlo. Los de la organización son muy listos. Uno llevaba la mercancía y otro traía el dinero.

—Entonces, por eso él decía que estaba a punto de realizar un negocio fabuloso...

—Tal vez pensaba quedarse con el importe de algunas

recaudaciones y dar una especie de gran golpe, pero tú lo plantaste antes. Lo más desagradable del caso es que tenía una amante.

—¡Una amante! —exclamó Kate.

—Sí, pero no hablemos de esa mujer; es algo ya que no merece la pena. Como te dije al principio, y no serviría de nada ocultarte la verdad o dorarte la píldora, lo tienes muy mal.

—El se arrojó sobre mí, me quitó el vestido a puñados, rasgándolo casi a tiras; quedé sólo con los pantaloncitos... Luego, yo le dije algunas cosas que le cegaron. También le di una bofetada. Entonces es cuando enloqueció y sacó el revólver. Se lo desvié de un manotazo. Tenía que hacerlo, Budd; iba a matarme...

Baxter asintió, pensativamente.

—Lo peor del caso es que el revólver fue adquirido a tu nombre —dijo—. Eso es lo que no acabo de entender. Si querían comprometerlo a él, ¿por qué no comprar el revólver a su nombre?

Parecía un enigma insoluble. Realmente, era algo incomprensible.

—Y, además, ¿quién le dio el arma? —murmuró, con acento en que se reflejaban sus intensas preocupaciones.

De pronto, miró a la joven y sonrió.

—Irás a la cabaña de los Addirondacks —aseguró firmemente.

* * *

—He recibido la carpeta con todos los datos que pedí —dijo Baxter, aquella misma tarde—. Ha resultado interesante, pero aún es poco, Denis.

—Ya no sé qué más hacer —respondió Gray, a través del televisor—. Mary Bralin y Carla Drake se desojaron, durante dos días, en las bibliotecas. Han terminado agotadas...

—Me lo imagino. Dales las gracias en mi nombre; ya supongo que habrán hecho todo lo que les fue posible. Pero si quiero sacar libre a Kate, no tengo más remedio que obrar tramposamente.

—Esa chica lo tiene mal. El esposo murió de un disparo hecho con el revólver que ella había comprado dos meses antes. Sí, se puede admitir el argumento del disparo que se produce en una pelea conyugal..., pero la mayor parte de los matrimonios emplean la vajilla y no las armas de fuego.

—Cierto —convino Baxter pensativamente—. Eso es lo que lo echa todo a perder. Sin embargo, no acabo de comprender por qué diablos quieren meterla a ella en este jaleo.

—Budd, ¿te has planteado la posibilidad de que les hubiesen tendido una trampa a los dos?

Baxter parpadeó. Gray prosiguió:

—Uno de los dos estaba condenado a muerte, no importa cuál.

El otro, naturalmente, sufriría las consecuencias. Trata de pensar en esta dirección y adelantarás mucho, me parece.

El joven hizo un gesto de asentimiento.

—Lo intentaré. Gracias por la sugerencia, Denis.

Cortó la comunicación y abandonó la estancia. El muro se corrió de nuevo, ocultando la habitación donde se hallaban instalados todos los instrumentos y aparatos de comunicaciones.

Delante de él, Tim Koye empezó a moverse circularmente, a la vez que se preparaba con las manos como para ejecutar un asalto de lucha *Kung-fu.* Aparte de los entrenamientos que Baxter realizaba en un gimnasio relativamente próximo, su criado, experto igualmente en artes marciales, le ayudaba mucho en cortas peleas que sostenían en casa, con frecuencia.

Pero en aquellos momentos, Baxter no se sentía con ánimos de sostener un asalto y alzó la mano.

—Paz, Tim —pidió.

—El señor sigue intensamente preocupado —dijo Koye, relajándose.

—No te puedes imaginar cuánto. Ella, la señora Kyrr, lo tiene realmente difícil.

—He leído los periódicos, últimamente. El fiscal parece ensañarse con ella. ¿No le parece un poco extraño, señor? En otros casos, mucho peores, el señor Holt se ha portado con mucho mayor comedimiento, incluso cuando se trataba de delincuentes habituales. ¿Por qué esa actitud ante una mujer que no había delinquido hasta ahora?

Baxter cerró los ojos un instante. Luego, de pronto, se encaminó hacia la puerta.

—No me esperes, Tim; ignoro a qué hora volveré —se despidió.

Treinta minutos más tarde, estaba en la Silver Cup. Polly Merton le acogió con vivas muestras de alegría.

—Voy a pedirte un favor —dijo él.

—Lo que quieras, Budd.

Baxter habló durante unos momentos. Al terminar, agregó:

—Dile que le pagaré lo que pida. No regatees, ¿comprendes?

—Descuida. Te llamaré en cuanto pueda.

Baxter pensó en los quince mil dólares que Tennack le había entregado tan incautamente. Era un dinero procedente de acciones nada legales. Podía emplearlo, sin el menor remordimiento, en ayudar a una mujer a la que consideraba inocente del delito de que era acusada.

—Por cierto, ¿ha vuelto a molestarte Caddo? —preguntó.

—No, aunque ayer se asomó y me miró de una forma rara. Ese tipo es muy rencoroso...

—Descuida, le daré una lección tal, que no volverá a molestarte en los días de su vida, ¿Puedo usar el teléfono?

—Claro, cariño.

Minutos después, Baxter oía una voz femenina.

—¿Sí?

—Hola, Evelyn, soy Budd. ¿Te encuentras bien?

Baxter oyó una especie de resoplido al otro lado de la línea y sonrió. Al fin, ella, rehecha de la sorpresa, contestó:

—Mi salud es excelente. ¿Qué es lo que quieres, ahora?

—Hablar contigo. A las siete en punto de la tarde, te aguardo en el Bayam Inn. Está en la calle Noventa Este, trescientos diecisiete. No faltes.

—Pero...

—Voy a repetir la dirección. Anótala —dijo Baxter, imperativamente.

—Está bien, iré —manifestó Evelyn, segundos más tarde—, Pero ¿no puedes anticiparme nada por teléfono?

—Lo único que puedo decirte es que cierres el pico y no le digas nada a Hugo Rood, en interés de la conservación de tu precioso pellejo o, si lo prefieres, de tu delicada epidermis. Hasta las siete, guapa.

Baxter colgó el teléfono. Polly se le acercó, instantes después.

—Ahora voy a usarlo yo —sonrió—. Creo que ya tengo el hombre que necesitas.

—Estupendo. Perdona, pero tengo trabajo.

—Me gustaría ser hombre, como tú. Siempre entre mujeres hermosas...

Baxter pellizcó suavemente la mejilla de la joven y se marchó. Tenía el tiempo justo para llegar al lugar de la cita con Evelyn.

* * *

Cuando Evelyn Peters conoció las pretensiones de Baxter, se negó rotundamente.

—Lo harás —dijo él fríamente.

Delante de ella, sobre la mesa, había una hoja de papel y un rotulador negro. La mirada de Baxter era dura, inflexible.

—¿Qué más harás, si me niego?

—Estás muy nerviosa. Dentro de unos segundos, yo te sujetaré por un brazo. Tú chillarás. Se producirá un gran escándalo. Uno de los camareros llamará a la policía. Acudirá una patrulla y querrán enterarse de lo que sucede. Yo diré que estoy terriblemente enamorado de ti y que no puedo curarte del vicio de las drogas.

—¡Pero yo no tomo drogas!

—En estos momentos, tienes en el bolso tres papelitos con sendas dosis de heroína.

Evelyn saltó en el asiento. Luego alargó la mano hacia el bolso, pero los dedos de hierro de Baxter aferraron su muñeca.

Ella palideció. La expresión de Baxter le hizo sentir un temor espantoso.

—No abras el bolso o empezará el jaleo —avisó él.

—Pero... se demostrará que no soy drogadicta...

—Antes de que se llegue a ese punto, habrás de pasar unos días en observación, por cuenta de la ciudad, convenientemente vigilada. Se producirá un pequeño escándalo, al menos, en el círculo en que te mueves. Ahora, imagínate lo que hará Hugo cuando te dejen libre.

Evelyn sintió un escalofrío.

—Eso significa que debo traicionarle...

—No se enterará, si tú actúas discretamente. Además, Hugo es un hombre marcado. Tarde o temprano, acabará en un presidio, con veinte años sobre las costillas... si antes no ha ido a parar al cementerio. Tú sabes bien que lo que yo digo es cierto. Y si no, piensa en el tipo que se quedó en tu casa, detrás del diván.

La cara de Evelyn estaba, ahora, gris. Uno de los secuaces de Roed, que había acudido para llevarse el cadáver, había dicho que tenía rota la espina dorsal. Lo había hecho el hombre que tenía a su lado, con las únicas armas de sus propias manos.

—Rood no tiene por qué saber que tú me has dado ciertos informes —añadió Baxter, persuasivamente.

Evelyn suspiró.

—Está bien, pero... preveo que tendré que abandonar Nueva York...

—Cuando vayas a marcharte, te daré algo de dinero. Mientras tanto, necesito tu ayuda.

Ella se rindió finalmente. Después de trazar un croquis en el papel y contestar a algunas preguntas de Baxter, dijo que había un detalle que ignoraba.

—Tienes que averiguarlo. Te doy una semana de plazo —contestó Baxter.

—Yo podría tirar luego los sobres con la droga y contárselo todo a él —dijo Evelyn.

Baxter sonrió desdeñosamente.

—No actúo solo —respondió—. En estos momentos, un buen amigo mío ha dejado más droga en tu casa. Tú podrías estar buscándola semanas enteras, antes de encontrarla, pero la policía la hallaría en cinco minutos, gracias a un “chivatazo”. ¿Comprendes?

—Piensas en todo.

—Así es. Por cierto, ¿cómo se llevaron el “fiambre”?

—En un baúl. Hedía —respondió ella, secamente.

—¿Cómo? —se sorprendió Baxter.

De mala gana, Evelyn explicó:

—Yo creí que el sujeto no había ido a casa. Al día siguiente, me marché. Estuve unos días fuera de Nueva York. Cuando regresé con Hugo, notamos el olor… y encontramos el cadáver.

Baxter contuvo una carcajada. Palmeó la mano de la joven y se puso en pie.

—Haz lo que te he dicho y sé discreta —se despidió.

* * *

Con ojo crítico, Baxter contempló a la joven que tenía ante sí, de bonita figura y rostro inteligente, a lo que contribuían los lentes de montura negra que cabalgaban sobre una nariz ligeramente respingona. La indumentaria de la chica era discreta, pero de buen gusto.

—Usted es Janet Mulligan —dijo él.

—Sí, señor Baxter.

—Le diré una cosa, señorita Mulligan: por mis principios, no por desdén o estimarme superior a otros, no suelo tratar con el personal de mi agencia, excepto con el señor Gray. Pero en esta ocasión, debido a las circunstancias, me he visto obligado a hacer una excepción.

—Sí, señor.

—Usted ha venido a mi casa, debido a los informes que me ha facilitado el señor Baxter. Tiene el título de abogado.

—En efecto, aunque no ejerzo… Conseguí el empleo, está bien pagado y me gusta, de modo que ni siquiera llegué a tener un solo cliente.

—Ahora tiene uno, señorita Mulligan.

Baxter le entregó una carpeta.

—Estos son todos los documentos relativos el caso Kyrr —agregó—. Estúdielos a fondo. Realmente, no deberá hacer gran cosa, salvo sustituirme en los pocos días que voy a estar ausente de Nueva York. Pero la señora Kyrr puede necesitar algo y usted hará lo que sea preciso. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor Baxter.

El joven sacó un rollo de billetes y puso una determinada cantidad en manos de su visitante.

—Para los gastos que estime imprescindible, si se presentan —añadió—. ¡Tim! —llamó.

Koye apareció a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Tim, la señorita Mulligan se queda en casa, como huésped, durante mi ausencia. Instrúyela en todo, ¿comprendido?

—Si, señor.

Baxter tenía un maletín en el suelo, se inclinó un poco, lo asió

con la mano izquierda y tendió la derecha hacia su visitante.

—Ha sido un placer, Janet —se despidió.

—Lo mismo digo, señor Baxter.

El joven consultó su reloj.

—Tengo el tiempo justo para llegar al aeropuerto. Lo siento, no puedo entretenerme más. Janet, dígale a la señora Kyrr que todo va bien.

—Sí, señor.

Janet y Koye quedaron a solas.

—¿Adónde se marcha tan aprisa? —murmuró ella, instantes más tarde.

—A Europa; es todo lo que sé —contestó Koye.

CAPÍTULO VIII

El avión dio una vuelta sobre el aeródromo, enfiló la pista y se posó en el suelo encementado, con gran chirrido de las gomas de sus ruedas. Poco a poco, redujo velocidad y acabó deteniéndose frente a la estación de pasajeros.

Baxter descendió cuando le llegó su hora y pasó la aduana sin la menor dificultad. Cuando estuvo despachado, fue a una oficina de cambio de moneda y adquirió cuatro mil marcos con, aproximadamente, mil dólares. Después llamó a un taxi.

A través de una bien cuidada autopista, el vehículo le llevó hasta Múnich. Pasó el puente de Ludwigs, y tras recorrer algunas calles del casco antiguo, llegó a la plaza Odeón, frente al Hofgarten. Baxter abonó el importe del taxi y entró en el hotel que había elegido para alojarse durante su estancia en Múnich.

Después de asearse convenientemente, salió a la calle. Una hora más tarde regresó con otro maletín, en cuyo interior había un kilo de azúcar, otro de harina, un molinillo de café y un paquete de hojas de papel blanco, satinado, aunque no de calidad superior.

A continuación cerró por llave su habitación. En el cuarto de baño, puso unos cien gramos de azúcar, que molió hasta reducirlo a polvo muy fino. Luego, en otro papel mucho mayor, mezcló cuidadosamente la mitad de la harina con el azúcar.

Inmediatamente se puso a trabajar. Una hora más tarde, había preparado cosa de cincuenta sobres, cada uno de los cuales contenía una parte de la mezcla. Al terminar, tiró el azúcar y la harina por el sumidero, procurando que no se atascase, y limpió cuidadosamente el molinillo.

Pidió que le sirvieran la cena en su habitación. Después de reponer fuerzas, se sentó en la cama a leer un rato. Luego apagó la luz y se durmió profundamente.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, hizo una llamada:

—Deseo hablar con el señor Leuschner. Soy Randolph.

Alguien consultó unos segundos. Luego dijo:

—El señor Leuschner no conoce al señor Randolph Lo siento.

—He venido volando directamente desde Nueva York. Un amigo común me dio un encargo para el señor Leuschner.

—Espere un momento, por favor.

De nuevo oyó Baxter un cuchicheo. Luego, el sujeto dijo:

—El señor Leuschner tendrá mucho gusto en recibirle a las doce en punto, señor Randolph.

—Muchísimas gracias. Por cierto, traigo la factura de mis honorarios. Son cien mil marcos.

—¿Cómo?
—Ya lo ha oído. Buenos días.
Baxter empezó a prepararse para la entrevista. A las once y media, con el segundo maletín en la mano, en realidad un portafolios, salía del hotel.
Un taxi le llevó hasta la calle Wittelsbacher. Era un lugar precioso, frente al Isar. Leuschner vivía bien, apreció.
A las doce en punto se encontraba en un lujoso despacho, situado a cinco pisos de altura sobre el río. Karl le miró inquisitivamente.
—Usted es nuevo —dijo.
—El señor Rood ha estimado conveniente cambiar de mensajero —contestó Baxter, impertérrito.
—Nunca me había exigido el dinero en el acto de la entrega de la mercancía.
Baxter se encogió de hombros.
—Yo me limito a cumplir órdenes, señor —respondió—. En esta ocasión el señor Rood me dio la orden de no entregar la mercancía, si no recibía el dinero.
—Parece como si mi amigo Hugo quisiera liquidar el negocio —observó Leuschner, pensativamente—. Estas prisas no me gustan, señor Randolph.
—Lo siento.
—Está bien. Al menos, me permitirá ver la mercancía.
—Claro.
Leuschner abrió el maletín y observó los sobrecitos cuidadosamente colocados en su interior y sujetos a la contratapa por medio de tiras de papel adhesivo. Despegó uno, lo abrió, mojó el meñique con la lengua y lo apoyó, luego, sobre el polvillo blanco. Después de probarlo, hizo un gesto de asentimiento.
—Conforme —dijo.
Leuschner volvió a sentarse, abrió un cajón y extrajo un paquete, envuelto en papel de color claro.
—Ahí está el dinero.
—Lo contaré, si no tiene inconveniente. Disculpe, pero son órdenes.
—Por supuesto.
Sí, había cien mil marcos. Mil billetes de a cien. Terminada la operación, Baxter envolvió el dinero, de nuevo, y lo guardó en uno de los bolsillos.
—Abulta un poco, pero no importa —sonrió.
Momentos más tarde, estaba en la calle de nuevo. Llamó a un taxi y le dio la dirección del hotel.
Cuando llegó, se acercó al mostrador.

—Haga el favor de pedir un pasaje para Nueva York, en el vuelo de mañana —solicitó.

—Sí, señor.

Baxter subió a su habitación. Aquello no era, precisamente, conseguir pruebas, pero desconcertaría a Rood.

Y le haría cometer el error que necesitaba, para probar la inocencia de Kate.

* * *

Alrededor de las seis de la tarde, cuando ya se apagaba el resplandor del cielo, sonó el teléfono.

—Baxter —dijo el ocupante de la habitación.

—Señor, le aguardan dos caballeros en recepción —informó un empleado—. Dicen que desean entrevistarse urgentemente con usted.

—Bien, ahora mismo bajo.

Baxter frunció el ceño. No era que no esperase complicaciones en su viaje a Múnich, aunque sí había esperado soslayarlas de otra manera. Pero no quería provocar un escándalo. A él, casi menos que a otros, le convenía algo que pudiera perjudicar a Kate.

Los dos hombres que estaban en el vestíbulo tenían aspecto de atletas retirados: todavía jóvenes, fornidos y de cara cuadrada. Uno de ellos se presentó, dando un taconazo, a la vez que hacía una inclinación de cabeza.

—Erns Hauptf, *herr* Randolph —dijo—. Mi amigo es Hans Böelcech.

Sonó un segundo taconazo. ¿En qué puedo serles útiles?

Hauptf movió la mano derecha, en dirección a la puerta.

—El señor Leuschner desea verle. Es muy urgente —contestó.

—Encantado. Vamos allá.

Momentos después, subían a un “Mercedes 350", automático. Apenas se sentó en el asiento posterior, Böelcech, situado a su derecha, sacó una pistola.

—¿Entiende lo que significa esto? —preguntó, con voz glacial.

—¿Un “paseo”?

—Exactamente.

—Muy bien, el tiempo es agradable e invita a los paseos. ¿Puedo fumar?

—No saque ninguna arma —advirtió el sujeto.

—No pensaba hacerlo sonrió Baxter.

Minutos más tarde, tomaban la autopista número 13. Tras atravesar Neufreiman y Lerchenau, se adentraron en un espeso bosque. Treinta minutos más tarde, Hauptf, que conducía, metió el coche por un camino solitario.

Cuatro kilómetros más adelante, el “Mercedes” se detuvo ante

una casa de campo, de piedra y una sola planta. En tiempos, pensó Baxter, al advertir la relativa antigüedad del edificio, debía de haber sido un pabellón de caza.

—¡Abajo! —ordenó Böelcech.

Baxter obedecía en silencio. La puerta del pabellón se abrió y una silueta se recortó contra el fondo iluminado del interior.

—Aquí está, señor —dijo Hauptf.

—Bien, entren todos —contestó Leuschner.

Aunque no había demasiado fuego, la chimenea estaba encendida, Baxter observó, unos momentos, la decoración de la sala. Varias cabezas de ciervos, con sus grandes cornamentas, colgadas de los muros, así como cuadros con escenas de caza, confirmaron sus primeras suposiciones.

—Señor Randolph, he hablado con Rood. El dice que no ha enviado a nadie que se llame como usted —fue lo primero que dijo Leuschner, sin más preámbulos.

—¿Piensa que se lo iba a confirmar por teléfono? —sonrió Baxter—. ¿Acaso le toma por tonto?

—Rood jamás envió la mercancía y exigió el dinero al mismo tiempo. Hoy lo ha negado rotundamente...

—El hilo telefónico atraviesa multitud de puntos de enlace. No se puede asegurar que no haya un escucha en alguna parte.

—Hace algunos días, un mensajero desconocido fue a Kansas City. El resultado fue una matanza. Rood me ha descrito a usted personalmente. Los datos coinciden.

—No me importa lo que pueda decir Rood. Usted tiene la mercancía y yo he recibido el dinero, eso es todo.

Encima de una gran mesa, había un sobrecito blanco. Leuschner se lo tiró a la cara.

—Es harina mezclada con azúcar —dijo.

Baxter se encogió de hombros.

—A mí ¿qué me cuenta? —respondió—. He entregado lo que me dieron, eso es todo.

—Devuélvame el dinero.

—No lo tengo.

—Randolph, o como quiera que se llame, detrás de usted hay dos hombres dispuestos a partirle en pedazos, si no hace lo que le ordeno. Puedo aceptar la pérdida de la mercancía, pero no quiero perder cien mil marcos. Ernst y Hans le arrancarán los brazos si no lo hace —amenazó Leuschner, torvamente.

—Le diré una cosa —sonrió el joven—. Compré un libro del tamaño adecuado, corté un hueco en las hojas y puse dentro el paquete de dinero. Luego, el libro, cuidadosamente embalado, fue depositado en la Central de Correos, a un nombre y dirección que

usted ignora, en Nueva York, naturalmente.

Leuschener se quedó con la boca abierta. Luego reaccionó.

—De modo que se ha enviado el dinero a sí mismo —gruñó.

—En efecto.

—Le aseguro que jamás lo recibirá. Yo lo perderé, pero usted va a perder algo infinitamente más valioso. Ernst, Hans, ya saben lo que tienen que hacer.

—Sí, señor.

Böelcech sacó una pistola. Antes de que pusiera el brazo completamente horizontal, Baxter se revolvió con rapidez increíble y le aplicó el *Kakuto uke,* el filo de la mano contra la muñeca y la izquierda debajo, un poco más atrás de la muñeca del pistolero. Un brazo se rompió corno si hubiese sido una simple caña.

Se oyó un terrible alarido. Dominado por un dolor insufrible, Böelcech retrocedió, tambaleándose, mientras Leuschner le contemplaba atónito.

Hauptf, más precavido, retrocedió un par de pasos, para evitar el contacto directo, a la vez que sacaba también su pistola. Pero Baxter no había terminado todavía su actuación.

Ahora decidió actuar según las reglas del *Tae kwondo* o karate volador. Los movimientos de Hauptf resultaron increíblemente lentos, comparados con la velocidad de la supuesta víctima.

Baxter se elevó en el aire más de metro y medio, a la vez que disparaba el pie derecho, adelantando al mismo tiempo y haciendo que la pierna permaneciese completamente rígida. Hauptf recibió el impacto en plena boca.

Se oyó un terrorífico chasquido de huesos. Hauptf se desplomó, como si hubiera sido apuntillado.

Un poco más allá, Böelcech permanecía aturdido, de rodillas, víctima del dolor que no le dejaba coordinar siquiera. Leuschner, en cambio, saltó hacia la chimenea y se apoderó de un pesado atizador.

El hierro descendió hacia la cabeza de Baxter. Una mano aferró la muñeca de Leuschner. Luego, el traficante se sintió girar en redondo, sin saber cómo ocurría. Su brazo chasqueó, al partirse los huesos. El dolor resultó tan intenso, que se desmayó.

Baxter miró a su alrededor. El único que se movía un poco era Böelcech, pero estaba aturdido, encogido en un rincón, gimiendo sordamente, sin poder hacer el menor movimiento para intentar un contraataque. Despreocupándose de él, Baxter abandonó el pabellón.

Había dos coches. Uno de ellos era un discreto “Volskwagen”. Baxter decidió usar éste, pero no quiso dejar a sus adversarios el otro. Levantó la tapa del “Mercedes” y arrancó los cables de las bujías y del distribuidor. A prevención de que pudieran llevar un repuesto, rompió de un tirón el tubo de la gasolina y el del agua de refrigeración. El

coche quedaba, así, completamente inutilizado.

Momentos después, subía al "Volskwagen". A la mañana siguiente, a las ocho en punto, un "Jumbo" despegaba del aeropuerto en vuelo directo hacia Nueva York.

CAPÍTULO IX

Los ojos del fiscal Holt contemplaron con frialdad a su visitante.

—El juicio empieza pasado mañana —dijo—. Quiero que sepa que busco justicia y no venganza; por lo tanto, deseo con sinceridad que consiga una buena defensa para su cliente.

—Lo tengo difícil —respondió Baxter—. No hay testigos del suceso. ¿Cómo probar que ella no hizo otra cosa que desviar la mano armada con la suya?

Holt se encogió de hombros.

—¿Por qué compró un revólver dos meses antes?

—En el hecho no hay premeditación. Ella no fue a buscarle a su casa. Todo lo contrario, la víctima fue a casa de la acusada. Esto puede hacer variar un poco la perspectiva, me parece a mí.

—Señor Baxter, en modo alguno debemos olvidar que hay un testigo de la llamada que su cliente hizo a la víctima. El testigo declaró, y lo jurará ante el tribunal, que la víctima le dijo que iba a ver a su esposa. El jurado caerá, como lo creo yo, que ella le preparó la encerrona, fingiendo luego haber sido atacada violentamente.

—¿Por qué había de hacer una cosa semejante, fiscal?

—Muy sencillo: la víctima tenía una amante, y ella no podía soportarlo.

—Sí, parece indiscutible. No obstante, se puede introducir en el jurado la duda de que la llamada de la señora Kyrr a su esposo fue hecha con objeto de pedirle que abandonase a la amante y volviera a su lado. El crimen, así, tendría muchas más atenuantes.

—Ninguna —dijo Holt, fríamente—. Demasiado hago con pedir solamente veinte años. Es en razón de esas mismas dudas por lo que no cargo la mano; de otro modo, pediría el máximo, se lo aseguro.

Baxter se puso en pie.

—Muy bien, nos veremos pasado mañana, ante el tribunal —se despidió.

La cosa estaba difícil, pensó una vez más. Sí, prácticamente, podía considerar destruida la organización de Bood, pero lo interesante, la absolución de Kate, parecía enormemente lejana.

Regresó a su casa. Janet Mulligan le informó de sus gestiones. No había sucedido nada de particular, aunque la señora Kyrr, dijo, se sentía completamente abatida.

—¿Irá usted a verla, antes del juicio? —preguntó la ayudante.

—No, no voy a poder. Tengo trabajo...

El timbre de la puerta sonó en aquel momento,

—Yo abriré —dijo Janet.

Un hombre apareció en el umbral, con el sombrero en las

manos. Era de regular estatura, rostro vulgar y vestía corrientemente.

—Soy Roy Willis —se preguntó.

—¡Ah, señor Willis! —exclamó Baxter—. Seguramente le envía Polly Merton, ¿no es así? Entre, se lo ruego. Janet, ¿quiere decirle a Tim que nos sirva algo de beber? A mí, café, por favor.

—Bien, señor Baxter.

El joven indicó una silla a su visitante. Luego, tomó asiento frente a Willis, a la vez que sacaba un papel del bolsillo.

—Esto es un croquis del lugar adonde vamos a ir esta noche —dijo—, ¿Cuáles son sus honorarios, Roy?

Willis estudió el croquis durante algunos segundos.

—¿Hay vigilantes? —preguntó, al cabo.

—Es probable.

—¿Armados?

—En todo caso, yo me encargaría de ellos. Más probable creo que haya un sistema de alarmas, pero, en todo caso, estoy esperando una llamada telefónica que me informará al respecto.

—Dos mil quinientos —dijo Willis.

—Trato hecho.

—Y lo hago porque me lo ha pedido Polly. De lo contrario, créame, par todo el oro del mundo volvería a meterme en un jaleo semejante.

Baxter sonrió complacido.

—No se preocupe, no habrá complicaciones para usted —aseguró.

Tim llegó a los pocos momentos, con una bandeja. Cuando tomaba el café, sonó el teléfono.

Baxter levantó el aparato y dio su nombre.

—Soy Evelyn —oyó una voz femenina—. Sólo hay una alarma en la habitación donde está la caja fuerte, pero me ha sido absolutamente imposible conseguir la combinación.

—Deja eso de mi cuenta. ¿Sospecha él algo?

—Estos días está de un humor terrible. Ayer recibió una llamada desde Alemania. No sé lo qué le dirían, pero hubo un momento en que creí que iba a pegarme.

—Es comprensible —rió Baxter—, Evelyn, ¿desde cuándo estás con Hugo?

—¡Oh, hace unos pocos meses...! Pero creo que nunca le he gustado demasiado, a pesar de todo. Más de una vez me ha comparado con otra y dice que no valgo ni la mitad... A mí me parece que sí valgo mucho, ¿no crees?

Baxter se puso serio, repentinamente.

—Evelyn, ¿mencionó Rood nombre concreto en alguna ocasión? —preguntó.

—Sí. Kate Kyrr. Es esa chica que mató a su esposo.

—Y la misma cuyo nombre tomaste tú para comprar un revólver.

Sobrevino un momento de silencio. Luego, Evelyn dijo:

—No pude resistirme, Budd.

—Sí, me lo imagino. Evelyn, aparte de que te daré dinero para que puedas marcharte de Nueva York sin preocupaciones, tendrás que declararlo en el juicio. Comprar un arma con otro nombre es delito, pero como no podrán probarte complicidad en la muerte de Kyrr, la condena no pasará de un año y la dejarán en suspenso. Tienes que hacerlo así, o una mujer inocente pasará los próximos veinte años en la cárcel.

—¿Me... me lo garantizas que será como dices?

—Yo mismo seré tu defensor y gratuitamente, además.

—El puede tomar represalias...

—Recuerda al hombre que entró en tu casa. Yo me ocuparé de Rood, si es que sale libre del tribunal.

Evelyn suspiró.

—Tengo un miedo espantoso, pero lo haré —respondió.

—Procura disimular. Una vez que el juicio haya terminado, él no podrá hacerte ya nada.

Baxter colgó el teléfono.

—Ya tengo listos todos los informes —dijo, mirando a Willis.

—¿A qué hora? —preguntó el visitante, lacónico.

—Tendremos que aguardar a la madrugada. Mientras tanto, considérese como en su casa, amigo Roy. —Baxter consultó el reloj—. Yo tengo que salir y no sé a qué hora volveré, pero no quiero que se mueva de aquí bajo ningún concepto. ¿Está claro?

—Váyase tranquilo, señor Baxter —dijo Willis.

* * *

Cuando se deslizaba sigilosamente hacia el callejón lateral, un hombre le salió al encuentro. Caddo Lussaroth se sobresaltó.

—¿Qué diablos quiere usted? —preguntó.

—No vuelva más por aquí, Caddo —dijo Baxter.

—Trate de impedírmelo...

—Es usted un cobarde, capaz solamente de actuar contra débiles mujeres, un asqueroso rufián, que merecería estar bajo seis palmos de tierra. Ni siquiera me haría nada, aunque tuviese una pistola en la mano.

—Yo nunca uso armas de fuego...

Repentinamente, Baxter sacó un pequeño revólver y lo puso en la mano derecha del sujeto.

—Vamos, ande, dispare contra mí —le desafió.

Lussaroth miró, estupefacto, el revólver.

—Escuche, yo no quiero líos...

Repentinamente, Baxter vio lo que estaba aguardando hacía algunos minutos. Actuando con rapidez, saltó hacia adelante y corrió hacia la salida del callejón.

—¡Socorro, quieren robarme! ¡Guardia, ayúdeme, por favor...!

El policía que hacía la ronda nocturna oyó los gritos y se volvió rápidamente, justo en el momento en que Baxter pasaba por su lado.

—¡Está allí, tiene un revólver! —gritó.

El agente sacó el suyo. Lussaroth lanzó un chillido desesperado.

—Eso no es cierto...

—¡Tire el arma! —rugió el guardia.

Lussaroth, aturdido, se dio cuenta de que aún tenía el revólver en la mano. Vaciló y entonces, el agente hizo fuego y lo derribó de un balazo en el hombro derecho.

—No se mueva, señor —aconsejó, prudentemente parapetado tras la esquina—. Pronto llegarán refuerzos...

Con su linterna, envió un chorro de luz al callejón. Lussaroth se movía débilmente.

—Estoy herido, voy a desangrarme...

Se oyó a lo lejos una sirena policial. Baxter sonreía mefistofélicamente.

Dos agentes, pistola en mano, descendieron a los pocos segundos, del coche de patrulla. El otro policía les informó brevemente de lo sucedido.

—Tendrá que venir con nosotros a la comisaría, señor —dijo uno de los patrulleros.

—Será un placer —respondió Baxter—. Estoy asustado... ¿Puedo tomar una copa para reponerme?

—Claro.

La gente se aglomeraba en la entrada del callejón. Cuando entró en la Silver Cup, Polly estaba en el mostrador.

—Ya estás libre de ese rufián —dijo Baxter.

—Una buena trampa —sonrió ella.

—Con sus antecedentes, para media docena de años. Busca un comprador y vende el negocio.

—Lo haré, Budd. ¿Cuándo vendrás a verme?

—No lo sé.

Un velo de melancolía cubrió las pupilas de Polly. Cuando vio al joven salir a la calle, pensó que también salía de su vida.

* * *

El vigilante, despatarrado en un gran sillón de orejas, dormía como un tronco. Baxter se acercó a él y apoyó ambos pulgares en

sendos puntos, situados por debajo de las orejas, un poco hacia adelante. El sujeto se movió un poco y luego tornó a su primitiva inmovilidad.

—¡Oiga, no le habrá matado! —se asustó Willis.

—No se preocupe, Roy; sólo le he privado del conocimiento. Quizá le dure, pero si no, haremos que siga durmiendo. Bien, ya sabe dónde está la alarma. Empiece a trabajar.

El despacho era grande, sumamente espacioso. Baxter avanzó unos pasos hasta detenerse a un metro de la gran alfombra sobre la que se hallaba la mesa de trabajo.

—A partir de aquí, empieza el peligro de alarma

—dijo.

Willis se fue inmediatamente hacia el lado izquierdo, en donde había una consola, sobre la que se divisaba un hermoso jarrón de cerámica. Con infinito cuidado, Willis agarró las asas del jarrón y le dio un centavo de vuelta a la derecha.

—Espero que su confidente no le haya dado falsos informes —dijo.

—Yo también confío en que haya sido sincera conmigo —respondió Baxter.

Willis asintió. Luego atravesó la imaginaria línea, a partir de la cual debía sonar la alarma, pero no se produjo el menor incidente. Detrás de la mesa de despacho, había un cuadro de ambiente pastoril. Baxter torció el gesto: se trataba de un mal imitador de Watteau.

El cuadro giró a un lado y la puerta brillante de la caja fuerte quedó al descubierto. Mientras Willis actuaba sobre la combinación, Baxter preparó la cámara fotográfica que había traído consigo y la propia lámpara de la mesa.

Diez minutos más tarde, Willis abrió la puerta de la caja fuerte.

—El resto es mío. —Baxter entregó a su ocasional acompañante un pequeño pulverizador—. Usted vigile al centinela. Si ve que empieza a moverse, láncele un par de chorros de gas a la nariz.

—Está bien.

Baxter sacó un grueso libro de la caja fuerte. Inmediatamente, empezó a tomar fotografías. Algunas de las anotaciones del libro resultaban sumamente esclarecedoras.

La operación duró una hora larga. Por fortuna, Baxter había ido bien provisto de película fotográfica. Ningún documento de los que había allí guardados quedó sin ser registrado en la cámara.

Al terminar, Baxter, que al igual que Willis había operado todo el tiempo con las manos enguantadas, dejó la caja tal como la había hallado. Cerró y empezó a recoger cuanto había llevado consigo.

El centinela se ha movido hace diez minutos —informó Willis—. Tuve que lanzarle un poco de gas… Quizá note algo al despertarse.

—No; pensará que ha dormido más de lo corriente. Una mayor cantidad de gas sí podría provocarle grandes dolores de cabeza al despertar y hacerle entrar en sospechas, pero no ocurrirá así. Creo que abrirá los ojos dentro de una media hora. Bostezará, irá a la cocina, se calentará un poco de café y... El jarrón, Roy.

—Sí, señor.

Cinco minutos después, descendían a la calle. Baxter sonrió satisfecho; la incursión había resultado altamente provechosa, pero lo mejor de todo era que Rood no se enteraría de nada, hasta que fuese demasiado tarde.

CAPÍTULO X

A la una de la tarde, Baxter tenía la cabeza bajo la almohada. Una mano tocó su hombro. Más que hablar, Baxter emitió un gruñido:

—Una llamada, señor —dijo Koye.

—Estoy en el Polo —dijo él.

—Regrese. Le llama un tal Rick Hines.

Baxter tiró la almohada a un lado y se levantó de un salto.

—Eso se dice antes, Tim —protestó vivamente.

—¡Oh! Se lo dije a las once, a las doce... El señor Hines gritaba ya tanto, que parecía ir a romper el teléfono...

Vestido solamente con el pantalón corto del pijama, Baxter acudió a la sala. No le gustaba tener el teléfono en la mesilla de noche; sostenía la teoría de que el dormitorio era para descansar.

—¡Hola, soy Baxter! —dijo, instantes después, mientras se rascaba el pecho maquinalmente.

—Buenas tardes, señor Baxter —saludó Hines, educadamente—. ¿Le importaría tener una entrevista conmigo?

—¿Hoy?

—A las cuatro, si no es molestia.

—En el Bertie's, supongo.

—Sí, señor.

—Bien, a las cuatro estaré allí. A propósito, ¿qué tal su brazo?

—La convalecencia es satisfactoria, muchas gracias. Sea puntual, se lo ruego.

—Descuide.

Baxter dejó el teléfono sobre la horquilla y quedó inmóvil unos segundos, mientras reflexionaba intensamente. Koye aguardaba en silencio, a unos pasos de distancia.

Al cabo de unos momentos, se volvió hacia su criado.

—Voy a hablar unos momentos con el señor Gray —anunció—. Prepárame el baño y luego algo de comida. Me iré de casa a las tres en punto.

—Sí, señor,

Baxter entró en el cuarto de comunicaciones. Gray apareció en una de las pantallas, segundos después.

—Estamos terminando de positivar las películas —dijo.

—Magnífico. ¿Qué te parecen?

—Cualquiera de esas fotografías ganaría el primer premio en el concurso nacional —rió Gray—. Son realmente sensacionales...

—O sensacionalmente reales —contestó Baxter, con jovial acento—. Pero no te olvides de sacar una copia para nosotros. No se puede prever el futuro, Denis.

—Está bien. ¿Algo más?

—Envía una serie al sitio donde te indiqué, con un mensajero personal, pero no lo hagas antes de mañana, a las diez en punto. ¿Entendido? Eso es todo. Hasta la vista, Denis.

Terminada la conversación, Baxter se encaminó al cuarto de baño. Sentía una enorme curiosidad por saber lo que Hines iba a decirle.

* * *

A las cuatro de la tarde, Hines le tendió la mano izquierda. El brazo derecho reposaba en un cabestrillo.

—Sin rencor —sonrió.

—Me gustan los deportistas que saben perder —contestó Baxter —. Dígame ahora qué ha motivado su llamada.

Hines salió de detrás de su mesa.

—Haga el favor de seguirme. —Se detuvo un instante y miró al joven—. Se lo ruego, no tengo la menor intención de causarle ningún daño.

—Es usted muy amable.

Hines le condujo a lo largo de un pasillo, hasta una puerta situada casi al fondo. Abrió y extendió la mano izquierda.

—Señor Baxter...

El joven cruzó el umbral. Al otro lado divisó a dos sujetos de tremenda figura y rostros inexpresivos. La voz de Hines sonó a sus espaldas:

—A mí me pilló de sorpresa, pero no lo conseguirá con estos dos buenos amigos.

—Preséntemelos, ¿quiere? —solicitó Baxter, sin inmutarse.

—Bob y Charlie, eso es todo cuanto necesita saber.

—¡Hola, Bob; hola, Charlie!

Los esbirros permanecieron callados. Baxter se volvió hacia Hines.

—¿Y bien? ¿Puede explicarme ahora…?

—Con mucho gusto. Voy a tenerle encerrado aquí durante un día o dos, si el juicio se prolonga excesivamente. Después le soltaremos, se lo juro.

—Por su madre.

—Si eso le hace feliz, se lo juro por mi madre.

—El juicio puede suspenderse si no acude el defensor.

Hines sonrió de una forma especial.

—Diez minutos antes de que comience, el juez recibirá un certificado médico de que el defensor se encuentra indispuesto. Un abogado se ofrecerá, de oficio, para defender a la acusada.

—¡Oh, qué inteligencia! —sonrió Baxter—. Lo han previsto todo.

—En efecto, así es. ¿Ve la puertecita del fondo? Hay un pequeño lavabo, para su aseo y demás. El armario del lado izquierdo es, en realidad, un frigorífico bien provisto. Un poco más allá, hay una pequeña cocinilla para hacer café, calentar algún plato precocinado…, en fin, para que nadie pase hambre.

—Ha dicho nadie.

—Bob y Charlie van a permanecer con usted constantemente. Yo cerraré por fuera con llave y me la llevaré. ¡Ah!; también he traído algunas novelas policíacas, varias revistas… En fin, deseo que lo pase lo más distraído posible.

—Podía haberme dejado con dos chicas bonitas —sonrió Baxter.

Hines soltó un bufido.

—Demasiado poco hacemos —contestó malhumoradamente.

—Oiga, ¿dónde están los documentos falsos que Evelyn Peters presentó, cuando se hizo pasar por Kate Kyrr?

Hines se quedó parado. Baxter soltó una risita.

—Los habrán quemado, seguro —añadió.

De pronto, Baxter sintió que le agarraban por los brazos. Prudente, prefirió permanecer quieto, mientras Hines cerraba la puerta. Luego sonó la voz bronca de Charlie:

—Ya ha oído al jefe: no le pasará nada si se está quietecito.

—De acuerdo. ¿Cuál de los dos me prepara un poco de café?

—Yo mismo, señor Baxter.

* * *

Sentado en una butaca, Baxter dejaba pasar las horas tranquilamente. Sus dos guardianes dormían, por turno, en uno de los dos catres que habían sido instalados en la habitación. Baxter pensaba que, en cierto modo, retenerle prisionero era un plan mucho más ingenioso y de menores riesgos que la simple eliminación física. Una

vez que Kate hubiera sido juzgada y condenada, nada podría ya revocar la sentencia.

Una revisión del proceso tal vez podría conseguirla, pero los trámites resultarían demasiado largos. Quizá Hines y Rood confiaban en que acabaría por cansarse. Lo malo para ellos, se dijo, era que no sabían las cartas que tenía escondidas en la manga.

Al llegar la noche tomó unos bocadillos y se acostó tranquilamente. Eran las cinco de la mañana, cuando se despertó y fue al baño. Bob, receloso, le siguió hasta el umbral. Baxter, en pie frente al inodoro, se volvió un poco hacia él, sonriendo.

—Hago pipí —dijo.

Bob soltó un gruñido. Baxter estudió el cuarto de baño detenidamente. Era de un tipo muy antiguo, con la cisterna en alto y una cadena para tirar, terminada en una sucia manecilla. Miró una vez hacia atrás y vio que el vigilante se había retirado de la puerta.

Ostentosamente, empezó a quitarse las ropas. Uno de los zapatos quedó frente a la puerta, no cerrada por completo. Baxter tiró una vez de la cadena. Luego, desnudo, acercó a la ducha y abrió el grifo.

—¡Maldición, no hay agua caliente! —gritó.

—Resígnese —contestó Bob, de mal talante.

Charlie había estado velando hasta pasadas las dos de la madrugada y roncaba estrepitosamente. Baxter volvió al inodoro, puso la tapa y se subió encima. Unos segundos más tarde, protegido por el ruido del agua de la ducha, tenía en las manos algo más de un metro de cadena. No era demasiado, pero serviría.

Bajó al suelo nuevamente. De pronto, emitió otra maldición:

—¡Bob, demonios! La llave de la ducha se ha estropeado.

El sujeto irrumpió, de golpe, en el baño. Inmediatamente, algo rodeó su cuello con terrible presión.

El instinto hizo que Bob se llevase ambas manos a la cadena que le cortaba la respiración. Junto a su oreja derecha, Baxter susurró:

—Si no te estás quieto, apretaré más y te romperé la tráquea.

Bob, sudando a chorros, se inmovilizó en el acto. Baxter soltó el extremo derecho de la cadena. Antes de que el hampón pudiera reaccionar, aplicó el filo de su mano derecha contra el cuello, por debajo y detrás de la oreja.

La cabeza de Bob osciló un poco. Luego, sus rodillas se aflojaron. Baxter, sin embargo, tuvo tiempo de sostenerlo, para que no hiciera demasiado ruido al caer.

Asomó la cabeza fuera del lavabo. Charlie continuaba durmiendo plácidamente. Sonriendo, Baxter se acercó al sujeto y se puso al otro lado del camastro.

—¡Charlie, rápido, el prisionero ha escapado! —gritó.

Se oyó un agudo grito. Charlie se levantó de un salto y corrió

hacia la puerta, instintivamente. Agarró el pomo y la sacudió, pero la cerradura resistió.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que se habían burlado de él. Cuando se volvía, dos manos cayeron sobre sus sienes, en un doble golpe de canto simultáneo. Charlie creyó que le explotaba una bomba en la cabeza y perdió el conocimiento instantáneamente.

Baxter consultó su reloj, del que, afortunadamente, no había sido despojado. Eran poco más de las cinco y media de la mañana. Había tiempo de sobra.

Hines había sido muy considerado, ya que los camastros estaban provistos de sábanas. Baxter rasgó tiras suficientes para atar y amordazar a los dos gorilas. Cuando terminó la tarea, los metió en el lavabo y cerró la puerta. Con toda tranquilidad, encendió la cocinilla y puso a calentar la cafetera.

Mientras tomaba un sorbo de café, pensó que aguardaría hasta las nueve de la mañana. Si a esa hora no había aparecido Hines, abriría la puerta y se marcharía. Había algunos cuchillos que podrían servirle como destornilladores, se dijo.

El tiempo transcurrió lentamente. Charlie y Bob despertaron y patearon furiosos, pero Baxter les amenazó con abrir todos los grifos y cerrar la puerta, colocando las toallas en la base, para hacerla estanca. Ante la amenaza de morir ahogados, los dos vigilantes optaron por permanecer quietos.

A las ocho y media, se oyó ruido de una llave en la cerradura. Baxter se situó ante la puerta, con una taza de café en la mano.

Hines abrió y dio dos pasos antes de percatarse de la situación.

—No se vaya —dijo Baxter.

Hines comprendió que algo había fallado y, con la mano izquierda, trató de sacar un arma, pero entonces, el contenido de la taza fue a parar a su rostro. Cegado, Hines trastabilló, lo que aprovechó Baxter para dejarlo sin sentido con un suave golpe de *karate* en un lado del cuello.

Minutos después, Hines yacía en el suelo, con el brazo izquierdo pegado al cuerpo, por la espalda, merced a una tira de sábana. Otra le ataba los tobillos y una tercera le tapaba la boca.

Desde la puerta, Baxter sonrió burlonamente al individuo Hines ya había recobrado el conocimiento.

—¡Adiós, amigo!

La llave de la puerta saltó en la palma de su mano. Los ojos de Hines emitieron un destello de furia impotente al oír el ruido de la llave, al girar en su cerradura. Pero luego derramaron lágrimas.

Treinta minutos después, entraba en su departamento. Koye lo recibió de uñas.

—El señor divirtiéndose por ahí, y yo aguantando a los tipos que

registraron la casa a placer. No es por el registro, sino por el trabajo que tuve luego para dejarlo todo de nuevo en orden…

Baxter arqueó las cejas.

—Tim, ¿cómo te dejaste sorprender? Tú eres experto en artes marciales…

—Aquellos tipos sospechaban algo, porque se situaron a un metro de la puerta, apuntándome con sus pistolas. No podía saltar hacia ellos; las balas son siempre más rápidas que el hombre.

—¡Oh, entiendo! Lo siento mucho, Tim. ¿Entraron en el cuarto de comunicaciones?

—Por supuesto que no, señor —contestó Koye, con aire de ofendida dignidad—. Ni siquiera me molestaron con sus preguntas; empezaron a revolver todo, de inmediato…

—Y como tú sabías que no encontrarían nada, les dejaste hacer,

—Exactamente, señor.

Baxter palmeó las espaldas de Koye.

—Eres el prototipo del fiel servidor —dijo—. Y ahora, por favor, prepárame ropa limpia; tengo apenas treinta minutos para cambiar y llegar al tribunal.

—Pensé que no llegaría a tiempo…

—Eso es lo que querían ellos —respondió Baxter, evasivamente.

CAPÍTULO XI

El juez Cordine meneó la cabeza al conocer la noticia.

—Esto no me gusta. Nunca me han agradado ciertas informalidades de los defensores —declaró—. Al principio, pareció que se tomaba mucho interés por la acusada, pero ahora se disculpa con un certificado médico... que acaso no valga siquiera el papel en que está escrito.

—Es un contratiempo lamentable, en efecto —convino el fiscal —; pero, en interés de la justicia, y a menos que Su Señoría disponga lo contrario, no me gustaría aplazar el juicio.

—La acusada necesita un defensor, señor fiscal —alegó Cordine.

Un hombre se puso en pie en la sala.

—Señoría, ruego se me conceda el honor de defender a la acusada. Soy Andrew Edwards, abogado inscrito en la Asociación profesional correspondiente. Con moderado optimismo, puedo asegurar a su Señoría que estoy bastante impuesto de los pormenores del caso y que me encuentro en perfectas condiciones para mantener esa defensa.

El juez dobló a un lado el certificado que le había sido entregado un par de minutos antes.

—Haré que un forense reconozca al señor Baxter. Si sus informes no me agradan, le impondré una fuerte sanción por conducta improcedente —declaró—. Bien, señor Edwards, su oferta queda aceptada, con el agradecimiento de este tribunal.

—Gracias, Señoría,

Kate, sentada en su sitio, junto a una oficial de la policía, se hundió en el banquillo. ¿Por qué se echaba Budd atrás en el último momento?

Casi sentía ganas de echarse a llorar. Budd le había pedido que confiase en él. Ahora la traicionaba; el juez no creía en la enfermedad que se declaraba en aquel certificado médico. ¿Por qué?

El juez golpeó la mesa con su mazo.

—El estado de Nueva York, contra Katherine Kyrr, acusada de homicidio en primer grado. El fiscal puede proceder —dijo.

Holt se puso en pie. Antes de que pudiera abrir la boca, sonó una voz potente:

—¡Perdón, Señoría! Ruego al tribunal me disculpe por la tardanza en llegar, pero, como explicaré a su debido tiempo, me ha sido imposible llegar antes —anunció Baxter, mientras avanzaba a lo largo del pasillo central de la sala—. Si mi conducta merece una sanción, la acepto de antemano, pero deseo que ese honorable Tribunal sepa que en modo alguno renuncio a la defensa de la

acusada.

Los ojos de Kate destellaron de alegría. Edwards torció el gesto.

Baxter llegó junto a la mesa de la defensa. Iba impecablemente vestido: traje azul oscuro, camisa blanca, impoluta y corbata granate, con unas finas rayas oblicuas, de color también azul. El pañuelo asomaba por el bolsillo superior y los zapatos espejeaban.

El portafolios quedó sobre la mesa. Cordine se recuperó de su sorpresa y miró hacia Holt.

—Espero que el fiscal no ponga ninguna objeción a lo que acaba de decir el defensor.

Holt se encogió de hombros.

—No hay objeción, en efecto —contestó—. De todos modos, pienso demostrar la culpabilidad de la acusada.

—Eso es algo que está por ver —dijo Baxter, alegremente.

—Bien, dejémonos de preámbulos. Es preciso examinar a los miembros del jurado —cortó el juez.

* * *

Stanley Holt aguardó a que el alguacil hubiese tomado juramento al testigo. Luego, con un lápiz en la mano, se acercó al estrado.

—Su nombre, por favor —pidió.

—Melvyn Reinn, señor —contestó el testigo.

—¿Profesión?

—Armero, señor. Tengo una tienda de venta y reparación de armas, debidamente establecida en...

—Es suficiente, señor Reinn. Por favor, mire a la acusada y dígame si es la misma que en la tarde del día ocho de marzo de este año le compró un revólver.

—Creo que sí, señor.

—¿Cómo? ¿No está seguro? ¿Por qué?

—Bueno, ella vestía de otra forma. Además, llevaba grandes gafas oscuras...

—¿Como éstas?

Holt hizo un gesto. Un policía de la oficina del fiscal se acercó a la mesa de la defensa.

—Con permiso, señora Kyrr —dijo.

Kate dejó que le colocaran las gafas sobre los ojos. Reinn hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es la misma.

—Muchas gracias. Señor Baxter, es su turno —dijo Holt, ufano de su intervención.

Baxter se puso en pie.

—Ninguna pregunta al testigo, Señoría —manifestó.

Se oyeron algunos rumores. Los agentes de policía que habían detenido a la acusada y el forense que había reconocido a la víctima habían desfilado ya. Baxter no les había hecho ninguna pregunta.

Kate empezaba a ponerse nerviosa, a pesar de las seguridades que le daba el joven. Todavía desfilaron un par de testigos más, ambos vecinos de la casa donde se había producido el suceso.

De pronto, Baxter se puso en pie.

—Señor juez, solicito que se presente a declarar la señorita Evelyn Peters.

Cordine arqueó las cejas.

—Esa testigo no figura en las listas…

—Ruego disculpas a su Señoría, pero estimo muy necesaria su declaración. Después, si lo desea, el señor fiscal podrá interrogarla, a su vez, cuanto quiera.

—Muy bien. Alguacil, llame a la testigo.

Momentos después, Evelyn se sentaba en el estrado de testigos. Prestó juramento y luego miró a Baxter, que ya se acercaba a ella.

Kate notó algo extraño en la joven. De pronto, se dio cuenta de que la testigo no sólo vestía de forma muy parecida a ella, sino que llevaba el mismo peinado.

—Señorita Peters, diga al jurado lo que hizo usted en la tarde del día ocho de marzo de este año —pidió Baxter.

—Fui a la armería Reinn y compré un revólver de seis tiros, calibre treinta y dos.

Se oyeron algunos murmullos. Cordine los acalló con algunos enérgicos golpes de mazo.

—¿Por qué compró ese revólver, señorita? —siguió Baxter.

—Me lo ordenaron bajo graves amenazas físicas.

—¿Quiénes?

—Dos hombres, llamados Hugo Rood y Rick Hines. Tuve miedo y obedecí.

—Pero debió de enseñar algunos documentos a nombre de Kate Kyrr…

—Hines me los facilitó, Luego yo tuve que entregarle el revólver y los documentos. Sé que quemó éstos, pero no puedo decir qué hizo con el arma.

—Muchas gracias, señorita Peters. Permítame, por favor…

Baxter puso ante los ojos de Evelyn unas grandes gafas oscuras. Luego miró al juez.

—Señoría, aunque esto es irregular, ¿puedo, desde aquí, preguntar al testigo Reinn si reconoce a esta mujer como la persona que le compró un revólver en la fecha mencionada?

—¡Protesto! —gritó Holt—, Es un procedimiento irregular.

—El fiscal tiene razón. Los miembros del jurado podrían

sospechar que usted ha contratado a esa mujer para que declare en este sentido.

Baxter sonrió.

—Estarían en su derecho, desde luego; pero si la declaración del siguiente testigo no convence a este tribunal, admitiré que esta prueba testifical sea excluida de las actas del proceso y que no sea, tampoco, tomada en cuenta en el jurado. Por favor, Señoría...

—Está bien, se acepta su proposición, bajo las condiciones descritas.

—Gracias, Señoría, —Baxter giró en redondo—. ¿Señor Reinn?

El armero se puso en pie, en uno de los bancos del público.

—Pudiera ser ella misma, no lo sé seguro —manifestó—, Creo que la testigo y la señora Kyrr se parecen mucho...

—Vestidas con ropas parecidas y con gafas oscuras —sonrió Baxter—. Muchas gracias, señor Reinn. ¿Señor fiscal?

Holt hizo un gesto agrio.

—He tolerado esta ridícula prueba, pero solicitaré del tribunal que la excluya de las actas —contestó.

Baxter levantó el índice.

—Sólo después de haber interrogado al siguiente testigo, recuérdelo —dijo—. Gracias, señorita Peters.

La expectación crecía por momentos. Todos los presentes se daban cuenta de que el abogado defensor guardaba una especie de bomba final.

—Bien, señor Baxter, ¿cuál es el otro testigo? —preguntó el juez.

—Se llama Homer Davidson y es doctor en medicina, Señoría.

Cordine hizo un gesto con la mano. Momentos después, Davidson se sentaba en el estrado de testigos.

Apenas había prestado juramento, Holt formuló una objeción.

—Señoría, el doctor Davidson ya ha declarado antes. El defensor no ha juzgado conveniente hacerle ninguna pregunta. ¿Por qué lo llama ahora?

—¿No le parece que vamos a saberlo dentro de unos momentos? —contestó Cordine, con buen humor.

Se oyeron algunas risas. Holt, humillado, se sentó de golpe.

Baxter se acercó al testigo.

—Doctor, no le voy a preguntar por las causas de la muerte de la víctima, porque esto ya está bien claro —manifestó—. La pregunta que yo voy a hacerle se refiere a otro aspecto del caso, y por cierto no se ha mencionado sino de pasada hasta este momento. ¿Está dispuesto, doctor?

—Sí, señor.

—Bien, usted examinó el cadáver de la víctima y diagnosticó certeramente las causas de su muerte. Por favor, diga al jurado qué

encontró en sus uñas.

—Restos de piel humana y partículas insignificantes de sangre ya seca.

—¿A quién pertenecían esos restos orgánicos, doctor?

—A la acusada.

—Es decir, puede suponerse razonablemente que la acusada y la víctima se pelearon de forma física y que, en el transcurso de la pelea, la víctima causó algunos arañazos en la piel de la acusada.

—En efecto, así tuvo que ser.

—¿Lo hizo usted constar en su informe?

—Sí, señor.

—¿Declaró que los restos orgánicos pertenecían, sin duda, a la epidermis de la acusada?

—Ciertamente, y lo hice después de tomarle pequeñas muestras de su piel.

—Muy bien. ¿Qué hizo con el informe?

—Lo envié a la oficina del fiscal; no sé más. El resto ya no era cosa mía.

Baxter se volvió hacia Holt.

—En todo momento, el fiscal ha sostenido la teoría de que la acusada se causó los arazaños a sí misma, al objeto de fingir una pelea inexistente. Señoría, solicito de este tribunal exija del fiscal la presentación del informe emitido por el doctor Davidson y que no se ha hecho aparecer como prueba en el proceso.

Cordine miró al aludido. Holt parecía hundido en su asiento.

—Diríase que aquí ha habido un poco de trampa —habló el juez —. Y no por parte de la defensa, precisamente. ¿No tiene nada que manifestar, señor fiscal?

—Yo hablaré por él, Señoría —exclamó Baxter—. En estos momentos, el fiscal jefe del distrito tiene una serie de fotografías de documentos, en los cuales consta el nombre del señor Holt. En esos documentos se prueban las conexiones del señor Holt con ciertos individuos de dudosa reputación, por calificarlos de alguna manera. Uno de ellos, precisamente, es Rick Hines, el hombre que afirmó haber oído a la víctima ir a casa de su esposa, porque ésta le llamaba con urgencia. Resulta extraño que el señor Hines no haya comparecido a ratificar sus declaraciones, pero esto es algo que no entorpece en absoluto el curso de la justicia. Lo que sí la entorpecía y envilecía era la actuación de un hombre, a quien el pueblo había designado para la defensa de sus intereses y que ha traicionado a los mismos que le llevaron al puesto que ahora ocupa indignamente.

Cordine miró al fiscal. Holt se ahogaba.

—Señor Baxter, espero que sepa probar lo que ha dicho —exclamó el juez.

—Una acusación como la que he lanzado, no se formula sin pruebas, Señoría —contestó el joven, rotundamente.

De pronto, dos hombres vestidos con ropas civiles entraron en la sala. Uno de ellos hizo un gesto y llamó al alguacil. Segundos más tarde, el alguacil decía algo al oído del juez.

Cordine escuchó atentamente durante algunos instantes. Luego movió la mano.

—Señor Holt, veo al fondo de la sala a dos hombres de la oficina del fiscal del distrito. Acompáñelos; su jefe quiere verle.

Holt salió tambaleándose, mientras los murmullos sonaban por todas partes. Cordine se esforzó por conseguir silencio. Entonces dijo:

—Se suspende el juicio hasta un nuevo señalamiento. Las incidencias surgidas en el transcurso del mismo, así lo aconsejan.

Baxter se puso en pie.

—Señoría, solicito la libertad de la acusada. Estimo que en una nueva vista de la causa, procederá su absolución o, por lo menos, un veredicto de no culpable

Mientras tanto, me ofrezco a custodiarla hasta que ese Tribunal decida.

El mallete del juez golpeó la mesa.

—¡Concedido!

Baxter se acercó a la muchacha y tomó sus manos. En los hermosos ojos de Kate brillaban unas lágrimas.

De repente, con el rabillo del ojo, Baxter vio a un hombre que se precipitaba a la carrera hacia el fondo de la sala. Inmediatamente, adoptó una decisión.

El caso no estaba cerrado todavía.

—Kate, ve al Hudson’s y toma una habitación allí. Espérame hasta mi regreso; yo tengo que hacer algo muy importante.

Mientras se alejaba, oyó la voz de Evelyn que se había acercado a Kate:

—No sé cómo disculparme, señora Kyrr…

“Tendría gracia que acabaran siendo buenas amigas”, pensó Baxter, mientras descendía las escaleras de cuatro en cuatro, en busca de su automóvil.

Iba a ver a Rood y presentía que sería la primera y última entrevista.

CAPÍTULO XII

El lugar le resultaba conocido. Había estado allí, menos de dos días antes. Sin embargo, no había visto nunca a Rood.

Era un hombre grueso, sanguíneo, de rostro redondo y ojos que parecían trozos de hielo. Estaba sentado tras su mesa y le contemplaba fijamente.

—Tenía ganas de hablar con usted, Baxter —dijo.

—A eso he venido, Hugo. Deje los tratamientos a un lado, por favor, llámeme, simplemente, Budd.

—Lo tendré en cuenta. He oído algunas noticias por la radio. Un amigo mío me ha telefoneado. ¿Qué hay de cierto en las fotografías de unos documentos?

—Si ha oído la radio, sabrá que Holt, su "empleado", ha sido conducido a la oficina del fiscal para ser interrogado. Esas cosas no se hacen sin un motivo muy serio.

—Unas fotografías... —murmuró Rood, pensativamente—, ¿Cómo las ha conseguido?

—Entré por la noche, abrí la caja y usé mi cámara,

—Había un vigilante.

—Estaba dormido, puedo asegurárselo. Luego yo prolongué un poco su sueño, pero lo hice de tal manera, que no sintió nada al despertarse.

—Muy inteligente. ¿Qué me dice de la alarma?

Baxter decidió no hablar de Roy y Willis.

—La anulé. Sabía cómo hacerlo.

—Una confidencia, indudablemente.

—Estas cosas no se consiguen sin informes, Hugo.

—¿La clase de la caja fuerte?

—Tengo unos dedos muy finos y un oído hipersensible,

—Vaya, cualquiera diría que es usted un superhombre..., pero me preocupa lo de la confidencia. ¿Puedo saber quién es?

—Usted encontró un cadáver en su casa y ya hedía.

Rood meneó la cabeza.

—Nunca me imaginé que Evelyn...

—Se ve que no sabe captarse a las mujeres. Evelyn ha resultado ser más decente de lo que parecía, aparte de que se asustó cuando vio el giro que tomaba el asunto. Por otra parte, usted la tenía solamente como una especie de "recambio". A una mujer no le gusta nunca ese papel.

—¡Ah!, piensa que yo estaba enamorado de otra.

—Locamente, obsesivamente. Por eso urdió este plan, ahora lo he comprendido al fin. O Kate moría a manos de su celoso marido o

ella lo mataba y se pasaría veinte años en la cárcel. Esa mujer se le metió en el cerebro el primer día que la vio y ya no pudo olvidarla; pero Kate lo rechazó siempre y eso es algo que usted no quiso perdonar. Añadamos, por otra parte, la traición que le hizo Dane Kyrr, quedándose con algún dinero del que usted debía percibir como pago de sus envíos de drogas. Si mataba a Kate, iría a la cárcel para una larga temporada. Y si ella lo mataba, usted se quedaba libre de un traidor. Dos pájaros de un tiro, ¿comprende?

—A veces, el cazador falla lo que parecía más sencillo —suspiró Rood—. Usted me ha hecho mucho daño, aparte de ciertas sumas que he perdido. Si quiere que le diga la verdad, estoy ya completamente desacreditado en el gremio, aunque confío en recuperarme en un futuro no muy lejano.

—Su futuro está en la celda de una cárcel, Hugo.

—Ya no hay documentos en mi caja fuerte...

—Quedan fotografías, negativos... El nombre de Holt no era el único que figuraba en esos documentos. Se producirá una investigación a fondo. Usted ya sabe lo que pasa en esos casos: la gente tiene pánico y declara buscando la benevolencia del juez. Esas declaraciones caerán sobre usted de la misma forma que cae un cargamento de piedras, cuando el camión levanta su plataforma volquete.

—Una metáfora muy sugestiva, en efecto. Budd, he oído hablar mucho de ciertas habilidades suyas, como luchador. Es más, incluso he podido ver los resultados de algunas de sus peleas. Ahora quiero presenciar un combate.

—¿Aquí? —se sorprendió Baxter.

Rood hizo un gesto de asentimiento..

—Aquí y ahora mismo —contestó.

* * *

Baxter presintió que había alguien a sus espaldas. Giró en redondo y, en el acto, retrocedió unos cuantos pasos.

—Es un hombre muy experto —dijo Rood plácidamente—. Lo había contratado ya hace algunos días, en vista de la forma en que usted se defendía.

—Sí, como suele decirse, un clavo saca otro clavo.

—Exactamente. Pero si usted, en algunos casos, ha respetado la vida del adversario, ahora, en cambio, Wodoo tiene orden de pelear hasta matarlo.

Baxter estudió críticamente al hombre que tema frente a sí, con ligeros rasgos orientales. En Nueva York, pensó, podían encontrarse toda clase de gentes. Y el esbirro de Rood era, en efecto, de los que luchaban para matar.

Retrocedió. Wodoo era medio palmo más alto que él y le pasaba unos quince kilos, pero todo su cuerpo daba la impresión de una fortaleza física fuera de lo común, aparte de sus indudables habilidades en las artes marciales. Iba a ser una pelea terrible... ¡y sólo habría un superviviente!

Wodoo avanzó lentamente hacia él. Baxter, cauteloso, tanteó la mesa con las manos. Al llegar había visto un objeto y pensó que podría utilizarlo como arma.

De súbito, Wodoo emitió un agudo *kiai,* a la vez que saltaba en el aire, alargando el pie, para dar la patada frontal. En el mismo instante, Baxter se hizo a un lado.

Ya tenía en la mano una larga y pesada regla, de color negro brillante, con cantoneras hundidas de metal. Iba a emplear la regla como una de las armas utilizadas por los contendientes, en un combate de artes marciales: la *katana* o sable del samurai.

La pierna derecha de Wodoo estaba a metro y medio del suelo, cuando la regla bajó con potencia increíble, golpeando, con el filo, a la mitad de la pierna. La improvisada *katana* resistió, pero la tibia y el peroné de Wodoo emitieron un horrible chasquido.

Wodoo cayó al suelo, aullando espantosamente. Aun así, era un hombre de una fortaleza indescriptible y logró incorporarse, sosteniéndose sobre el pie izquierdo.

Pero ya había perdido la iniciativa. La regla golpeó de nuevo, ahora en el lado izquierdo del cuello, bajo la oreja. No fue un golpe demasiado fuerte; Baxter sabía que tenía ganada la partida y no quería matar.

Wodoo se desplomó, como si, en realidad, le hubieran cortado la cabeza. En el mismo instante, Baxter oyó un ruidito a su izquierda.

Rood había abierto un cajón, viéndose perdido. Su mano asomó, armada con un revólver. Perdidos ya los estribos, Rood no pensaba sino en vengarse a cualquier precio.

La regla actuó de nuevo. Los huesos de una muñeca crujieron ominosamente. Rood chilló y se derrumbó sobre su sillón, gritando como un poseído.

Con la misma regla, Baxter lanzó el revólver fuera de la mesa. Luego se sentó en el borde, levantó el teléfono, marcó un número y dijo:

—Póngame con la policía, por favor. —Miró un instante a Rood —. Hugo, aquí termina su carrera —concluyó.

* * *

Baxter abrió la puerta y vio al fondo de la estancia, en la oscuridad, la silueta de una mujer, que contemplaba la calle a través de una abertura en las cortinas. En silencio, se acercó a ella y, por

detrás, rodeó su cintura con los brazos.

Ella se estremeció.

—Budd —musitó.

—Sí.

Hubo un instante de silencio. Luego, ella alargó la mano y terminó de correr las cortinas.

—No enciendas la luz —susurró con voz muy tenue, a la vez que se volvía hacia el joven.

Baxter sintió en sus labios el contacto de una boca ardorosa y percibió el suave calorcillo que emanaba de aquel cuerpo bien formado. El abrazo se hizo más fuerte, más apasionado...

Mucho más tarde, todavía en la oscuridad, ella le hizo una pregunta:

—Hay algo que no entiende, Budd. ¿Por qué no mencionaste la llamada a Dane?

—Bien, el fiscal no había hecho sino citarlo, sin demasiado énfasis. Recuerda que se había citado a Hines a declarar, y que no había comparecido. Sin duda, debía de esperar que acudiese más tarde y entonces sacaría a relucir la falsa llamada telefónica, que hizo a Dane acudir a tu casa.

—Sí, comprendo.

—Por otra parte, el tema de los rastros de piel en las uñas de tu esposo era concluyente. El juez y el jurado se dieron cuenta de la omisión del fiscal y entonces ya vieron la trampa.

—Es decir, Holt estaba a sueldo de Rood.

—No era el único —sonrió Baxter—. Por otra parte, Hines era su ejecutor, el hombre que dirigía cierta clase de operaciones, aparte de Jonathan Zabe, el secretario, quien también ha sido detenido.

—Zabe —musitó ella—. El hombre alto, delgado.. A veces me ponía la piel de gallina,

Baxter respingó.

—¿Lo veías con frecuencia?

Bruscamente, ella le abrazó nuevamente.

—Bésame, bésame., —pidió con avidez.

Al cabo de unos minutos, ella emitió un gran suspiro.

—Budd, tienes que perdonarme —dijo.

—¿Perdonarte? —se extrañó él.

Un brazo, blanco, de mórbidos contornos, emergió de las sábanas y tiró de la cadenita que encendía la lámpara de la mesita de noche. Baxter lanzó una tremenda exclamación:

—¡Evelyn!

Ella, con el pelo en desorden y las mejillas todavía encendidas, sonrió hechiceramente al hombre que tenía al lado, apoyado en un codo.

—Era mi única oportunidad —explicó—. Tú hiciste que me pusiera un vestido muy parecido al de Kate. Ella me dijo que se iba a alojar en el Hudson's y yo la acompañé primero a mi casa, a fin de ofrecerle alguna ropa interior. Luego, aún está un poco aturdida y ni siquiera se dio cuenta de que hice el cambio de habitaciones. Budd, tienes que perdonarme esta pequeña trampa..., pero era la única manera de tenerte en mis brazos.

Baxter meditó unos instantes.

Luego sonrió. Sí, era mejor. Se había dejado llevar por ciertos impulsos primitivos, pero, en el fondo, se alegraba infinito del ardid empleado por Evelyn.

El caballero había vencido al dragón, pero, en aquel caso, no podía, honestamente, reclamar una recompensa por su hazaña.

—¿Me perdonas? —preguntó Evelyn, mimosa.

—Del todo —respondió Baxter.

* * *

—Bien, el caballero ha vencido al dragón —dijo Gray, dos días más tarde—. Pero ¿está dispuesto a pagar la factura de su trabajo?

—Adelante, Denis —contestó el joven de buen humor.

—El detalle irá en una carta. La suma global asciende a dos mil seiscientos diecinueve dólares con cuarenta y ocho centavos. ¡Budd, diablos, no sé por qué te metes en esta clase de jaleos! No sólo no sacas nada, sino que, encima, pierdes dinero.

Baxter se echó a reír.

—Denis, en esta ocasión he cobrado, más que como un caballero andante, como un bandido generoso. En Kansas City conseguí quince mil dólares y en Múnich cien mil marcos, que son veinticinco mil dólares, más o menos claro. Claro que he tenido que socorrer a unas mujeres desvalidas: Polly Merton... Por cierto, la Silver Cup es ahora nuestra; en vista de que no podía venderla tan rápido como quería, se la he comprado yo. Tal vez pueda sernos útil algún día,

—Ahora te metes a tabernero —clamó Gray.

—Tengo un empleado de toda confianza. Nadie tiene por qué saberlo, tipo gruñón. En cuanto a Evelyn, que también quería marcharse, le di quince mil y otros tantos a Kate. Ambas deben rehacer sus vidas.

—Entonces, con el dinero que has pagado por la taberna, te has quedado en blanco.

—Bueno, aún sobran unos tres mil dólares para pagar tu factura. El bandido generoso también debe vivir, Denis.

—Ya, De modo que Evelyn se ha ido...

—A Helena, Montana. Es de allí, y piensa rehacer su vida.

—¿Y Kate?

Baxter dejó de sonreír repentinamente.

—Está en una cabaña, en las montañas —contestó.

* * *

El automóvil terminó de subir la cuesta y se detuvo ante la puerta de una cabaña de agradable aspecto. Kate Kyrr saltó del coche y subió ágilmente los tres escalones que conducían a la pequeña “veranda”.

Una vez allí, se volvió y contempló el panorama. No lejos de aquel lugar chispeaba el espejo de un pequeño lago. Para descender hasta su orilla había un camino, bordeado de gruesos castaños de Indias, cuyas copas formaban una especie de bóveda vegetal. En el arroyo cercano, susurraban las hojas de los álamos.

Kate se llenó los pulmones de aquel aire puro y vivificante. Luego se volvió y abrió la puerta.

Recibió una agradable sorpresa. Las llamas danzaban alegremente en la chimenea. Dentro de la casa reinaba un agradable ambiente.

—¡Budd! —llamó.

La única respuesta que recibió fue el silencio. Momentos después, Kate se convencía de que no había nadie en la cabaña.

Entonces fue cuando vio un paquetito sobre la mesa y una sola palabra escrita con grueso rotulador negro: “Ábrelo”.

Kate obedeció. Asombrada, vio un cartucho de cinta magnetofónica.

Al fondo había una radio, con departamento para reproducción de sonidos. Kate insertó el cartucho y presionó la tecla correspondiente.

Una voz conocida llegó de inmediato a sus oídos:

“Alguien dijo una vez que siempre queda una minúscula chispa de brasa en el fondo de un montón de ceniza. Tal vez sea así, pero creo que no debernos reavivarle. El pasado nunca muere del todo, pero es imposible resucitarlo. Lo que fue, no puede volver a ser. Trata de comprenderme, Kate, y no me lo reproches. Con el tiempo, tú misma te darás cuenta de que esto es lo mejor. De todos modos, yo nunca te olvidaré y si un día necesitas de mí, cuenta que siempre estaré dispuesto a ayudarte. Adiós.”

Con lágrimas en los ojos, Kate cerró el contacto al terminarse el breve mensaje.

Un tronco chasqueó en la chimenea y un turbión de chispas subió a lo alto. Kate Kyrr lloraba. Estaba libre, pero Budd Baxter había salido de su vida para siempre.

FIN



¡KIAI

HEROES DE LAS ARTES MARCIA

EDITORIAL BRUGUERA, S
en su nueva Serie titula

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras
puñado de esforzados personajes q
puesto sus conocimientos en ARTES
CIALES al servicio del BIEN y de la
CIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección e
de la fuerza vital que todo hombre
y que los BUDOKAS han sabido po
hasta límites asombrosos, como u
más, alcanzado en el transcurso d
camino emprendido en pos de la
ción, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGU
RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA

PRECIO EN ESPAÑA: 25

Impreso e

Notas

[←1]

Véanse los núms, 3 y 12 de esta misma colección, titulados Lady Serpiente y El golpe de los 200 millones, respectivamente, del mismo autor. (N. del E.)